

L I T E R A T U R A

GALDOS, COLABORADOR DE "EL OMNIBUS"¹

RECOPILACION, PROLOGO Y NOTAS

POR

JOSE SCHRAIBMAN

De la Universidad de Princeton (EE. UU.).

A medida que se ha ido conociendo la producción juvenil de Galdós se ha visto claramente cuánto influye ésta en su creación posterior. Por los trabajos de Berkowitz y Pérez Vidal², mayormente, hemos podido comprobar aquellas características del arte de Galdós que recurren una y otra vez a lo largo de su *magna opera*: el afán de narrar la realidad usando "el lenguaje de la verdad"; la preocupación por los ámbitos sobrenaturales; el simbolismo; una mezcla de humor unas veces tímido y sutil, otras campechano y vulgar (en el buen sentido de la palabra); una función de moralista y pedagogo dentro de una visión del arte que pudiera tener como

¹ "El Omnibus" comienza a publicarse en Las Palmas el 2 de junio de 1855 bajo la dirección de don Emiliano Martínez de Escobar. En *Notas y recuerdos (1826-1896)*, diario inédito de don Agustín Millares Torres, anota que el 20 de julio de 1856 fue nombrado director de "El Omnibus", cargo que ejerció hasta 1861, fecha en que le sustituyó don José de Lara y Béthencourt. El periódico cesó su publicación en mayo de 1868, siendo sucedido por "El Eco de Gran Canaria". Cf. Luis Maffiote, *Los periódicos de las Islas Canarias. Apuntes para un catálogo* (Madrid, Biblioteca Canaria, 1905), págs. 61, 113.

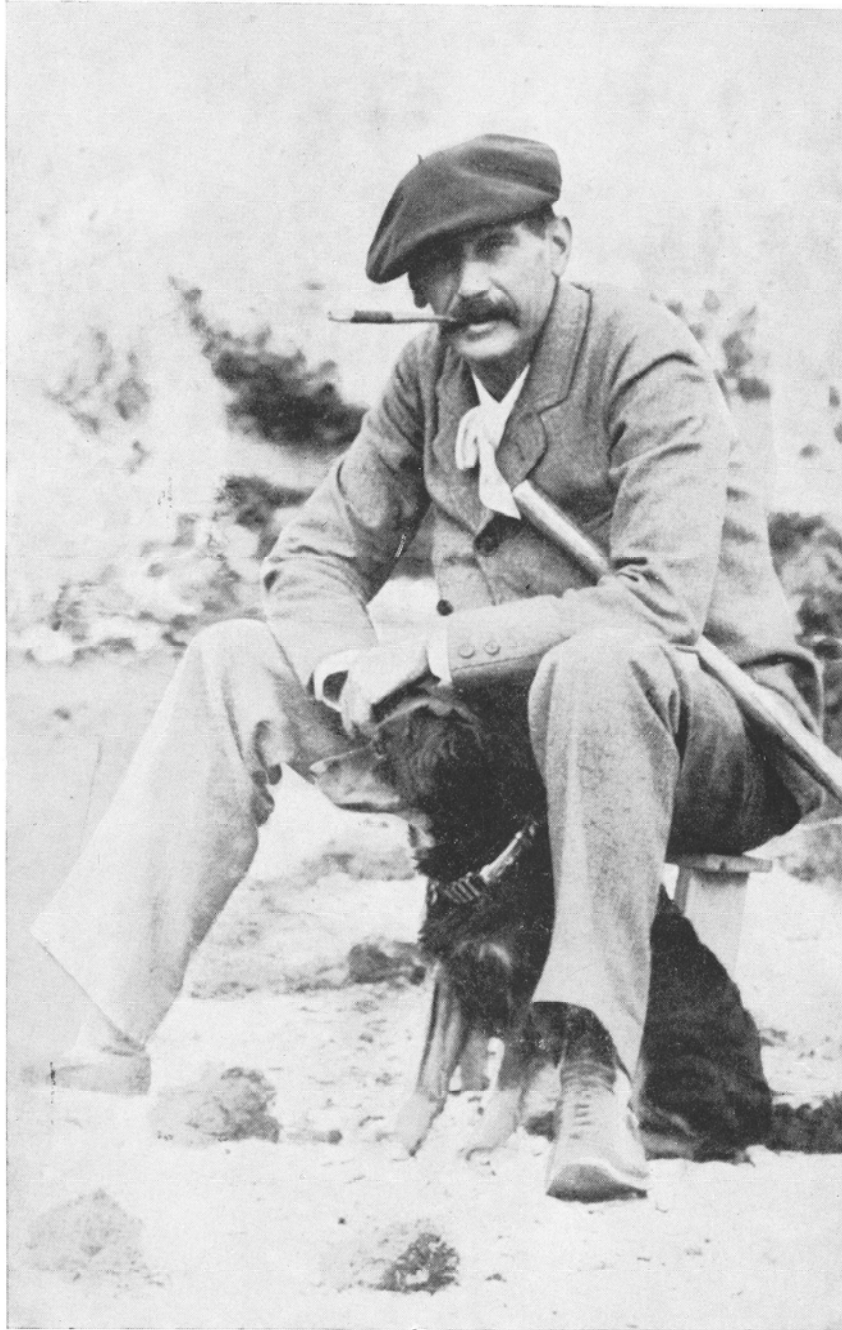
² Véanse H. Chonon Berkowitz, *The Youthful Writings of Pérez Galdós*, "Hispanic Review", I, núm. 2 (abril 1933), págs. 91-121; *Galdós, Literary Apprenticeship*, "Hispanic Review", III, núm. 1 (enero 1935), págs. 1-22; Pérez Galdós, *Spanish Liberal Crusader* (Madison, University of Wisconsin Press, 1948), págs. 28-38; y José Pérez Vidal, *Galdós en Canarias* (Las Palmas, El Museo Canario, 1952).

lema el *dolce et utile*; la influencia de los clásico; un idealismo hegeliano que ve en el hombre posibilidades de regeneración, cualquiera que sean las depravaciones en que haya caído. Y a todo esto hay que añadir un profundo interés por la técnica, la “materia novelable”, como la llamó Galdós en uno de sus comentarios sobre crítica literaria³.

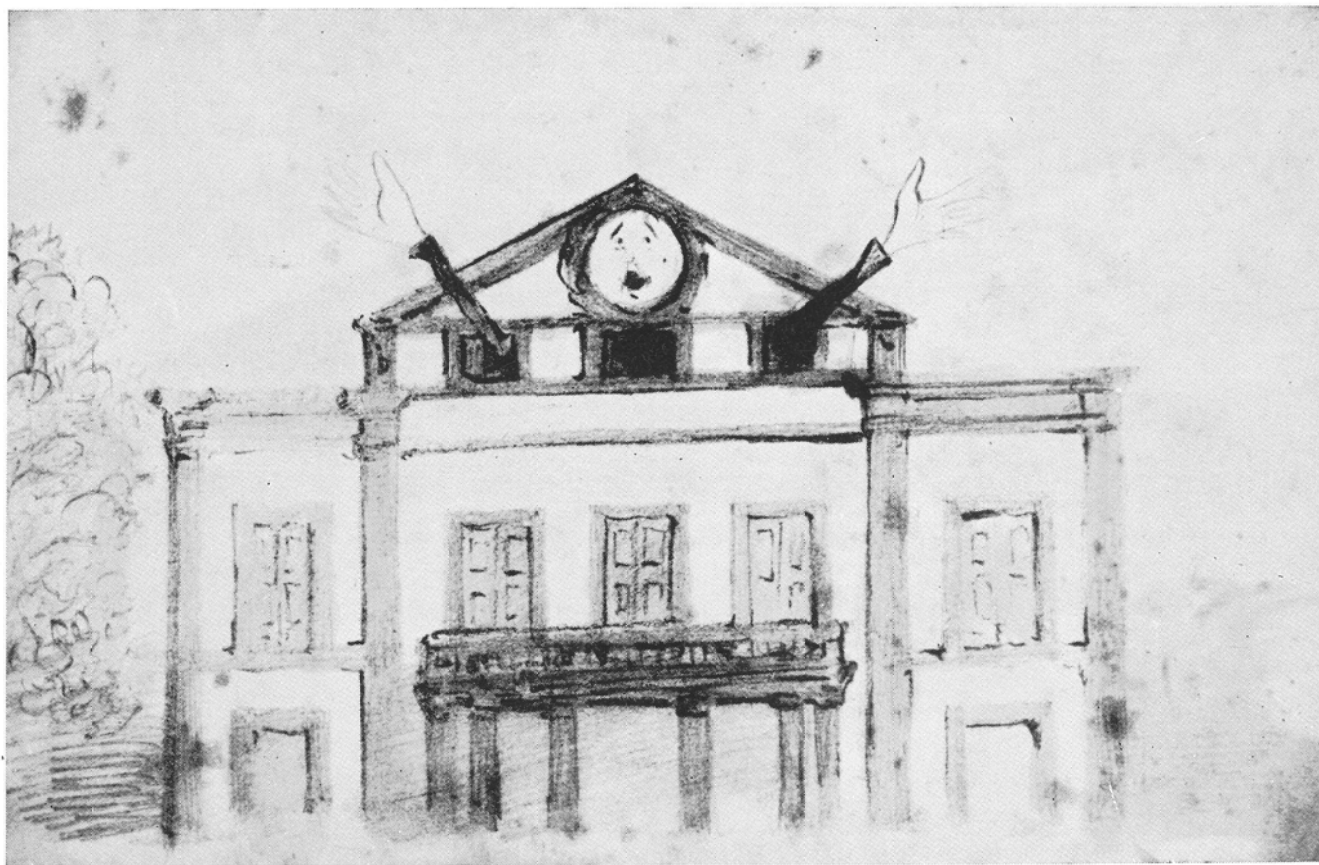
LOS artículos que publicamos a continuación están completamente dentro de la esfera creadora del joven autor que ignoraba por aquella época cuál sería la dirección que tomaría no sólo su obra, sino su vida, pues en 1862, y aún en 1865, fecha del artículo sobre el libro de Neda, no sabía a ciencia cierta que se dedicaría a ganarse la vida con su pluma, aunque para entonces ya era seguro que no daría fin a la carrera de abogado que fue a estudiar a Madrid. Le interesaba mucho más hacer novillos y estudiar en el texto de la vida que observaba sagaz y ávidamente a su alrededor. ¿Por qué son reveladores estos primericios ensayos costumbristas de tema local? Además del interés que tengan para los que desconozcan el sustrato canario que palpita en la obra galdosiana, son asimismo significativos para los críticos, cuya función es atisbar y exponer los secretos de la creación, de las relaciones que puedan existir entre una obra y otra, sean éstas del mismo escritor, de dos o más escritores de un mismo país, o de diversos países. Los métodos de la literatura comparada y de la estilística moderna nos han mostrado insospechadas profundidades en el análisis de la obra literaria. A medida que aprendemos más y más sobre el proceso lingüístico, sobre psicología, sociología, en fin, sobre el mundo que nos rodea, se ensancha el horizonte abierto al crítico, haciendo su labor más difícil, pero también más fructífera. No queremos detenernos en cuestiones teóricas que pensamos tratar en otra ocasión⁴. Pasemos a los “coloquios de Bartolo y su amo”, eco de los

³ En *Discursos leídos ante la Real Academia Española* (Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1897), págs. 5-29.

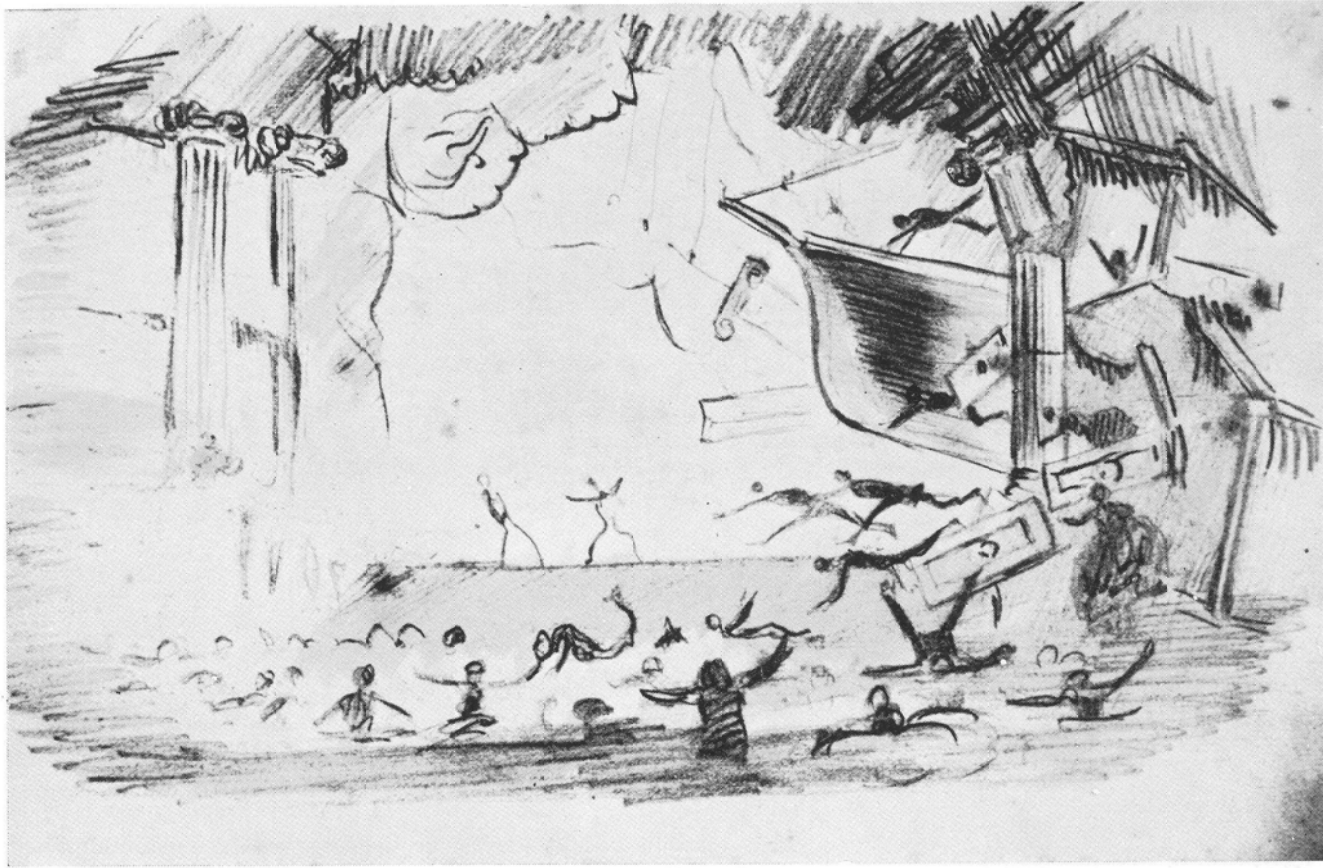
⁴ Para una ligera idea de la labor que se va efectuando en este campo, véanse los libros de Stephen Ullman, entre ellos, *Style in tre French Novel* (Cambridge, Cambridge University Press, 1957); Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture* (Paris, Editions du Seuil, 1953), y, en particular, Michael Riffaterre, *Le style des Pléiades de Gombéau. Essai d'application d'une méthode stylistique* (Genève, Librairie E. Droz; Paris, Librairie Minard, 1957).



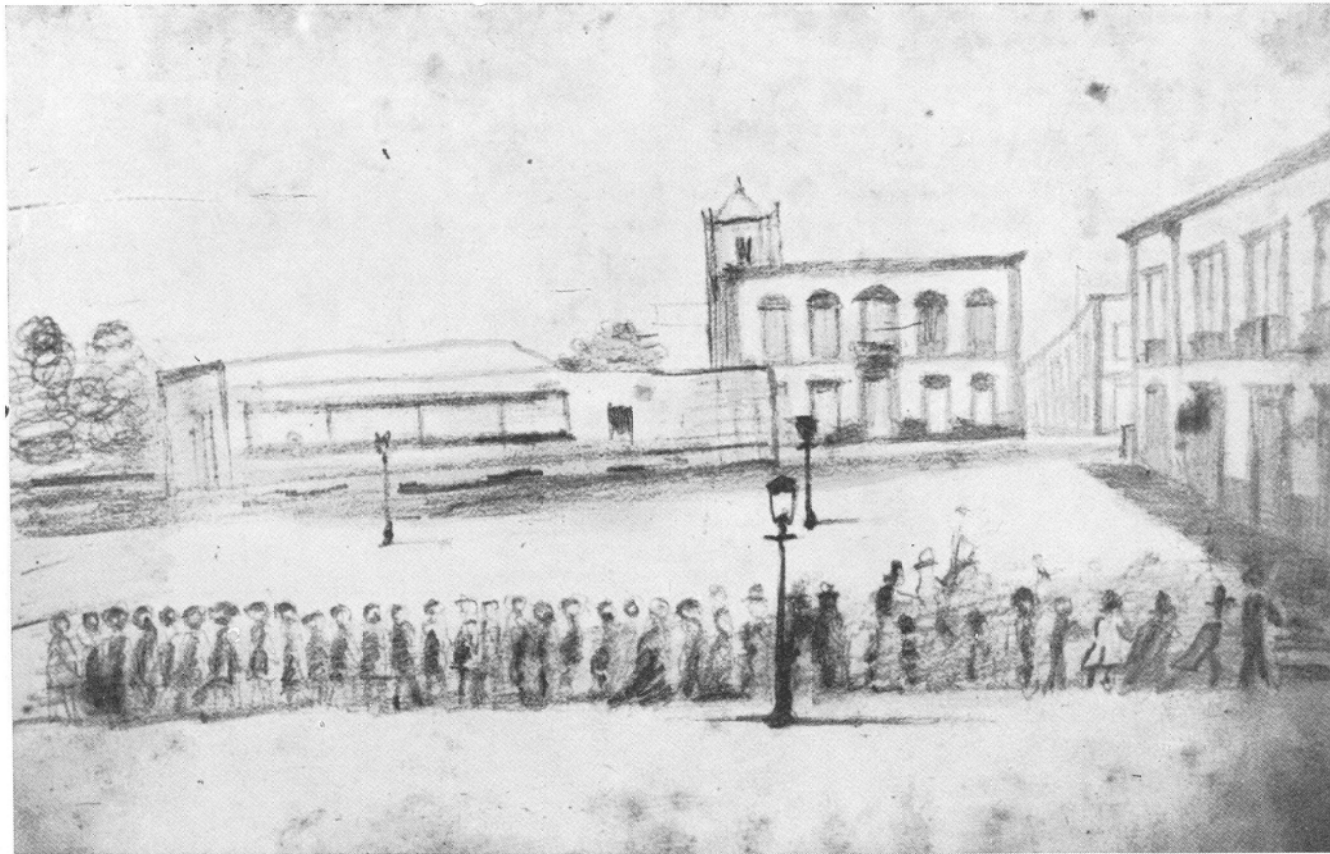
Don Benito Pérez Galdós en la hacienda familiar del Monte Lentiscal (otoño de 1894).



El viejo teatro Cairasco, de Las Palmas, clama contra su destrucción.
Dibujo humorístico de Galdós.



Galdós tomó partido contra la construcción del *nuevo teatro* en la ribera del mar: «¿Quién fue el patriota estúpido —quién fue el patriota vándalo— que imaginó las bóvedas—de ese teatro acuático?». En el presente dibujo un barco irrumpe en la escena.



Otro dibujo humorístico de Galdós.

de "don Quijote y Sancho", desde su forma de presentación hasta las relaciones plásticas entre ellos, que hacen que las posturas contrarias, tanto de uno como de otro, vayan fundiéndose y acercándose. "Bartolo" se asemeja también el prototipo del "gracioso" de la comedia del Siglo de Oro. Galdós usa las mismas técnicas que se usaban en ella: aparente ingenuidad por parte del gracioso, juegos de palabras, *double entendre*, burlas sobre su dueño a espaldas de él, murmullos *sotto voce*, etc. Los proverbios y frases hechas populares abundan. "Bartolo" es tan cobarde como Sancho. Su pintoresco lenguaje refleja el vivo interés que tendría siempre Galdós por el lenguaje hablado. En su trayectoria de experimentos novelescos habría de evolucionar hacia la "novela dialogada" y, más tarde, volver a su temprana afición por escribir piezas teatrales. Sin más que algún aislado comentario suyo sobre ello, se entresaca de sus obras un profundo interés por el problema de la perspectiva en la presentación de temas y personajes. Esto es también muy cervantino. Galdós escribió novelas en primera persona, ensayó la novela epistolar, la dialogada que mencionamos más arriba, así como la narrativa hecha por el autor omnisciente combinando en diversa medida los recursos anteriores y también el monólogo y la exploración de capas subconscientes de la mente de sus personajes. La aparente simplicidad de la estructura de ciertas obras de Galdós no es más que un espejismo; bajo la capa superficial que a veces da la sensación de "vulgar", de "fácil", existe una profunda complejidad. Aún en los simples diálogos que ofrecemos a continuación se nota cómo llega el momento en que ya no basta el enfoque doble de amo y criado; el autor introduce un tercer personaje para que las perspectivas del mundo que describe vayan creciendo e intrincándose.

El lector notará al instante la maduración de la prosa galdosiana al pasar a la reseña del libro de Neda. Para 1865 Galdós ya ha empezado a escribir para "La Nación" de Madrid, y ha aprovechado bien su tiempo en la Villa. Su afición por la literatura sigue creciendo. En la Universidad sus clases favoritas, casi las únicas a las cuales asiste, son las de Alfredo Camus (latín) y Ferúnicas a las que asiste, son las de Alfredo Camus (latín) y Ferciendo a fondo el Madrid antiguo, que tan fielmente retrataría más

tarde. Estos son para él años de formación que le llevarán, tras una importantísima visita a París en 1867, donde compra un ejemplar de *Eugenie Grandet* de Balzac, a la composición de *La Fontana de Oro*, aunque ésta ya hubiese sido precedida por *La sombra* y, sin duda, varias obras teatrales, de las cuales sólo ha quedado alguna ⁵.

En los escritos que siguen hemos modernizado la ortografía, y añadimos notas siempre que éstas ayuden a comprender mejor el texto o sugieran influencia de otros escritores o una conexión con posteriores obras de Galdós.

⁵ Véase H. Chonon Berkowitz, *Un joven de provecho: An Unpublished Play by B. Pérez Galdós*, "Publications of the Modern Language Association", L, núm. 3 (septiembre 1935), págs. 828-32.

TERTULIA DE "EL OMNIBUS"

Interlocutores: Yo y mi criado BARTOLO.

La escena pasa en mi cuarto. Es de noche, y mi respetable persona dormita en una butaca a la luz de una lámpara de belmontina⁶. Oyese tocar a la puerta.

Yo.—¡Eh! ¡Bartolo!

BARTOLO.—¡Señor!

Yo.—¿No oyes que llaman? Abre ese balcón y mira.

BARTOLO.—(Abriendo el balcón.) Señor... si está oscuro como el teatro en noche de función.

Yo.—¿Y el alumbrado?

BARTOLO.—Cuando la luna sale un poco tarde suprimen los faroles y nos dejan a la luna de Valencia.

Yo.—El resultado es que no ves.

BARTOLO.—Ni pizca.

Yo.—Bien: baja y abre.

BARTOLO.—¡Es que...!

Yo.—¿Tienes miedo? Vaya, sería chistoso, un mocetón como un castillo, gordo y rollizo.

BARTOLO.—Pues cabalmente por eso es el miedo... por lo gordo y lo rollizo.

Yo.—Ahora sí que no lo entiendo.

BARTOLO.—Es que, se dicen unas cosas... que... vamos... y luego como uno es así... tan inocentón.

⁶ Conocida más bien por "velón de belmontina", especie de quinqué que se usaba en aquella época. Es probable que el origen de "belmontina" venga del inglés "Belmont", palabra que venía en la etiqueta de las latas de combustible y que indicaba, sin duda, su sitio de origen. Ni el diccionario de Corominas ni el de la Academia recogen este vocablo, lo cual puede indicar que éste sea de formación local. Es el petróleo.

⁷ Es natural que Galdós pinte estos cuadros costumbristas en que critica lo que pasa a su alrededor en forma de un diálogo entre un "yo" anónimo y su criado. De esta manera evade el autor la responsabilidad por lo que critica y, al mismo tiempo, presenta su censura de la sociedad en forma dramática. No cabe duda ninguna de que "Yo" sea el seudónimo de Galdós. Ya en *El Sol*, ensayo escrito para una clase de retórica durante el curso 1860-61, Galdós reproduce al final un diálogo entre un "poeta" y "yo", donde discuten sobre la materia que debe interesar al artista. Resalta aquí el doble enfoque que realizará Galdós en su obra: la pintura de lo externo, pero matizada por lo interno y por lo misterioso en la vida del hombre—sueños, locura, religión, misticismo, ciencias ocultas, etc.

Yo.—Vaya una doncella...

BARTOLO.—No, señor; que soy doncello.

Yo.—Ea, anda con dos mil de a caballo, si no quieres que tome un palo y te mida las costillas.

BARTOLO.—Si usted mide como ciertos tenderos, no será muy larga la medida.

Yo.—(*Enarbolando un bastón.*) ¡Tunante! (*Momento de silencio. Bartolo baja y sube con una carta que me entrega.*)

Yo.—(*Abriéndola.*) Es una carta del editor de "El Omnibus". ¿Sabes tú lo que es "El Omnibus" ?⁸

BARTOLO.—He oído decir que son unos carretones que usan en los caminos de Tenerife, pero como nosotros no tenemos caminos, no espero verlos en mi vida.

Yo.—Ya los habrá... ten paciencia.

BARTOLO.—Jum...

Yo.—Pero no se trata de eso: "El Omnibus" de que hablo es el periódico que traen a casa los miércoles y los sábados.

BARTOLO.—Ya, ya... con el que caliente el café cuando no tengo espíritu.

Yo.—¡Bruto! Te lo prohibo, porque quiero conservar íntegra la colección: por lo visto te has propuesto no obedecerme.

BARTOLO.—Dispense usted, señor; pero como el vecino de enfrente, sin leerlo, envuelve con él los cominos y el azafrán, porque dice que es cosa de la tierra y no puede servir de nada, y como yo sé de otros que no les agrada, porque no es incesario...

Yo.—Ya principias a murmurar...

BARTOLO.—Y porque habla del pan...

Yo.—¿Quieres callar ?

BARTOLO.—Y porque ha dicho que la "carpeta" de la Alameda...⁹.

Yo.—¡Bartolo... que me comprometes!

BARTOLO.—¡Señor! ¿Pues quién nos oye?

Yo.—¡Desventurado! Las siete Islas.

BARTOLO.—¡Jesús, María y José! Mi amo está loco.

Yo.—Oye y me comprenderás. El editor de "El Omnibus" me recuerda en esta carta la promesa que le hice de escribir algo para amenizar su periódico, y yo, contando con tu cooperación...

BARTOLO.—Señor, señor, usted no tiene buena la cabeza... ¿Quiere usted que le compre un burro para que pasee ?

⁸ Nótese el *double entendre* de la palabra, carretón y periódico.

⁹ Esta debió de tener alguna joroba a la que Bartolo alude, así como al pan, que era malo, etc. La crítica social en boca del criado sigue la tradición del "gracioso" de la comedia del Siglo de Oro que mencionamos más arriba.

YO.—¿Y si quiero luego tomar el hábito de caballero?

BARTOLO.—Déjese usted de eso, que el hábito no hace al monje.

YO.—Volviendo a nuestro asunto: decía que le prometí escribirle lo que pasara de curioso en nuestra Isla y llegara por tu conducto a mis oídos.

BARTOLO.—Es decir, que mi nombre se verá en letras de molde.

YO.—Exactamente.

BARTOLO.—¡Zape! Cuántos conozco yo que han impreso una cuenta por tener ese gusto.

YO.—Con que ¿has comprendido?

BARTOLO.—Perfectamente, pero me ocurre una dificultad, señor: ¿y si por cuentero me sacuden el polvo? Ya sabe usted que en este país no se puede hablar sino en un tono.

YO.—Tú hablarás en el más alto.

BARTOLO.—Es que a mí no me acomoda ni alto ni bajo.

YO.—Las opiniones son libres...

BARTOLO.—Cuénteselo usted a su abuela: el que aquí no sabe decir a todo asien, no medra. ¿Cómo quiere usted que le viniera a decir que el pan sigue siempre malo; que van a hacer el teatro en San Bernardo para que nadie lo vea, o en la orilla del mar para que se lo lleve el barranco¹⁰; que van a poner la casa que se trata de fabricar en la calle del Reló haciendo una mueca como la plaza del mercado, y otras lindezas por el estilo...? Señor, usted quiere mi perdición.

YO.—Cuando la crítica no desciende a las personas, es útil, conveniente y beneficiosa. Bartolo, tú vas a hablar a tus paisanos el lenguaje de la verdad¹¹: es preciso despertar la afición a las cosas públicas.

BARTOLO.—Y a las carreras de mulas.

YO.—El nuevo teatro, por ejemplo, nos dará materia para algunos diálogos en pro del bien común.

BARTOLO.—No entiendo eso del común; ¿es cosa de privilegios?

YO.—Bartolo, Bartolo, que te resbalas...

¹⁰ La construcción del teatro a orillas del mar sirvió de inspiración a Galdós para hacer un álbum de caricaturas de una gran imaginación y mordaz crítica. Dicho álbum está en posesión del sobrino de don Benito, don Ignacio Pérez Galdós.

¹¹ Preocupación que se nota a través de toda su obra. Ya en *El Sol* Galdós le reprochaba al "poeta" que no narrase lo que veía a su alrededor y no captase el lenguaje del pueblo: "Mentecato, ¿no ves que es el humo que sale, a falta de chimenea, por un negro agujero practicado en el techo de aquella casucha? ¿No sabes que los patanes están guisando su potaje de judías y jaramagos *pa jincharse la panza antes de agarrar la asaa*—como ellos dicen? ¿Qué diablos tienes en la cabeza, que estás delirando con espectros, fantasmas, luces y satánicas inspiraciones?"

BARTOLO.—Señor, ¿cómo me he de resbalar si el suelo del cuarto está más sucio que algunas calles de la ciudad?

Yo.—Bartolo, vete a dormir.

BARTOLO.—Buenas noches, señor, y no sueñe ¹² usted con el editor de "El Omnibus", que es muy feo.

Yo.

[26 febrero 1862.]

¹² En todas las obras juveniles de Galdós se nota ya su afición por el mundo de los sueños. La descripción de ellos tiene una importante función en todas sus obras; para el estudio de ellas en sus novelas véanse nuestros *Dreams in the Novels of Galdós* (Nueva York, The Hispanic Institute, 1960), *Los sueños en "Fortunata y Jacinta"*, "Insula", núm. 166 (septiembre 1960), págs. 1, 12, y *Onirología galdosiana*, "El Museo Canario", XXI, núms. 75-76 (1960), páginas 347-66; también Carlos Clavería, *Sobre la veta fantástica en la obra de Galdós*, "Atlante", I (1953), págs. 78-86, 136-43, y Ricardo Gullón, *Los ámbitos oscuros en Galdós, novelista moderno* (Madrid, Taurus, 1960), páginas 160-207.

EL POLLO¹³

¿ Ves ese erguido embeleco,
 ese elegante sin par
 que lleva el dedo pulgar
 en la manga del chaleco;
 que, altisonante y enfático,
 dice mentiras y enredos,
 agitando entre sus dedos
 el bastón aristocrático;
 que estirando la cerviz
 enseña los blancos dientes,
 atravesando los lentes
 sobre la curva nariz;
 que saluda con tiesura
 a todo el género humano,
 y lleva siempre la mano
 enclavada en la cintura;
 que, más obtuso que un canto
 y sin saber la cartilla,
 refiere la maravilla
 del combate de Lepanto;
 que va al teatro y pasea
 sus miradas ardorosas,
 contemplando a las hermosas
 jóvenes de la platea;
 que aplaude mucho al tenor,
 y aplaude a la Cavaletti¹⁴,

¹³ Este poema lo escribió Galdós en una clase y por poco causa una riña entre el que se sintió aludido y él. Faustino Pérez, encargado de mantener disciplina durante la hora de estudio en el Colegio de San Agustín, confiscó el poema y lo publicó en un periódico local; de ahí pasó a las páginas de "El Comercio de Cádiz"; luego se imprimió en "El Omnibus", cuya versión reproducimos, y más tarde en periódico de Madrid y en varios otros, incluso en Montevideo. Cf. Francisco Inglott, *Benito Pérez: Recuerdos*, "Diario de Las Palmas", 9 de febrero de 1894. La figura del "pollo" también aparece a menudo en las caricaturas de Galdós. Desde entonces data su propensión por describir a los humanos con características y formas animales. Pensemos tan sólo en personajes como don Ramón del Pez, Caballuco, los Miaus, etc. Véase sobre esto Gustavo Correa, *El simbolismo religioso en Pérez Galdós* (Madrid, Gredos, 1962), págs. 121-22.

¹⁴ Una tiple que figuraba en una compañía de zarzuela y ópera que actuaba en Las Palmas por aquella época. Cf. Pérez Vidal, *op. cit.*, págs. 79-80.

JOSÉ SCHRAIBMAN

y critica a Donizzetti,
y al autor del *Trovador*;
que hallándose en la reunión,
sin modales elegantes,
se va estirando los guantes
por vía de distracción?...
Ese estirado pimpollo
que pasea y se engalana
de la noche a la mañana:
es lo que se llama un “pollo”.

[12 abril 1862.]

TERTULIA DE "EL OMNIBUS"

Mi criado BARTOLO y YO.

La escena no ha variado. Siempre mi mismo cuarto, mi siempre respetabilísima humanidad, el mismo criado charlatán, la misma butaca, y la indispensable lámpara de belmontina. Es de noche y me entretengo en leer un número de "El Omnibus", mientras Bartolo concluye de arreglar mi cama.

YO.—¿Y no sabes tú que la recta no se inclina a ningún lado? que tienen razón todos esos amigos que con su sempiterna charla exageran lo inútil del periodismo!...; por supuesto... porque ellos no son capaces de escribir... ¡zopencos!...

BARTOLO.—¿Señor, me llamaba usted? ¹⁵

YO.—¿Quién te ha llamado, Bartolo?... Mira, ven acá y calma mi mal humor, porque hasta yo que he sido siempre defensor acérrimo de cuanto redundaba en beneficio de nuestro país, y el primero que ha aplaudido la creación de los periódicos en nuestras Islas, hoy casi me arrepiento de que tales papeles salgan a luz, al verlos llenos, sin poderlo remediar, de antiguas novedades y repeticiones, existiendo como existen en nuestro suelo personas de erudición y talento que parece se avergüenzan de escribir para ilustración de sus paisanos, y que son los primeros en criticar nuestros papeles públicos.

BARTOLO.—¿Pues, señor, qué más tiene usted sino remitir al editor, para que amenice su periódico, cuantas novedades pasan en esta Isla, y las noticias que yo pesque por ahí, según le prometió desde el mes de febrero último?

YO.—Tienes razón, y por mi pasada indolencia casi me avergüenzo hoy de enviarle cualquier artículo, achacando tal vez a indiferencia lo que ha sido involuntario olvido motivado por estas revolturas y trapisondas de festejos públicos, exposición, conciertos, bailes, *soirées*, y qué se yo cuántas cosas anunciadas y no cumplidas; y en tanto mi discreto editor ha tenido la delicadeza de no recordarme segunda vez mi promesa.

BARTOLO.—Pues manos a la obra, que lo que no se principia jamás se acaba ¹⁶, y rabio ya por ver mi nombre gastando las letras de molde, y a todo el mundo leyendo mis verdades.

YO.—Bien, Bartolo, bien.

BARTOLO.—¡Y qué de cosas, señor, han pasado durante este tiempo en que hemos andado de ceca en meca ocupados con huéspedes, fiestas de S. Pedro Mártir, repiques y carreras de burros! Me tengo reservado cada verdad así...

¹⁵ Siguen los *double entendres*.

¹⁶ Empieza Bartolo a emitir proverbios y dichos populares a la manera de Sancho, cosa que hará frecuentemente a través de estos artículos.

(*cerrando el puño*), y sólo me retrae aquel temorcillo... pues... de que me unte las costillas algún prójimo que pueda creerse aludido.

Yo.—Con tal de que no te entrometas en personalidades...

BARTOLO.—¿Y qué giro podré yo dar a mi lenguaje para referir los desmanes y el despotismo de alguno de esos guardias que veo yo por ahí más serios que ministros de Hacienda, y que llevan unos sables con más orgullo y bríos que si fueran los tizones del Cid o de Gonzalo?

Yo.—En primer lugar, yo creo que exageras al apellidar desmanes lo que será sólo el cumplimiento de su obligación, y en segundo, no debes de abrigar tal temor, pues los tales encargados de la vigilancia pública deben cuidar siempre de conservar el orden, y no permitir escándalos, ni pleitos, ni riñas, ni...

BARTOLO.—Una pregunta, señor: ¿y a ellos quién los vigila, y les hace observar el orden, no permitiéndoles escándalos, ni pleitos, ni riñas, ni...?

Yo.—Se bastan ellos mismos, y buen cuidado tendrán de tomarse la menor libertad, pues será doble su castigo.

BARTOLO.—Jum, jum...; cómo se conoce que no está usted al corriente de las cosas, pues yo sé de uno de esos que llama usted encargados de la vigilancia pública que hace ya tiempo quiso castigar o castigó a una pobre mujer sólo porque colocó una cesta en el pretil del puente en tanto tomaba en brazo a un niño que lloraba y que conducía de la mano. Si yo contara estas cosas... ¡ay mis costillas!

Yo.—Bien, Bartolo, bien...

BARTOLO.—No, señor; mal y muy mal.

Yo.—No me interrumpas, hombre. Pues, aunque reprocho el demasiado rigor del guardia, es seguro que la Autoridad castigará su mal proceder.

BARTOLO.—Así fue; pero ello no quita que tenga yo que sentir si refiero algunas cosas que no sean del agrado de los Señores Polizontes...

Yo.—Reflexiona, y no seas tonto ni adelantes ideas. En lo que tú mismo cuentas debes conocer que siempre se castiga al que no cumple con su obligación, y guardándote tú de no poner jamás encima del puente ningún objeto, pues está con sobrada razón prohibido, de seguro que nadie chocará contigo; y para evitarlo lo mejor será, y te lo aconsejo, que cuando vayas al mercado o a La Vegueta a llevar al editor de "El Omnibus" nuestras tertulias, tomes siempre por el puente de madera.

BARTOLO.—Eso sí que no haré yo.

Yo.—¿Por qué?

BARTOLO.—Porque el puente ese me marea, y al pasarlo me parece que voy embarcado, con su meneo y sus cadenas.

Yo.—Pues es preciso remediarnos así, en tanto se construya el otro.

BARTOLO.—¿Y cuándo harán otro que no se remenee?

Yo.—Más tarde, más tarde. Todo lo quieres de prisa y eso es mucho pretender.

BARTOLO.—¿Cómo de prisa? Si hace más de un siglo que están los periódicos con el puente nuevo, y hágase el puente nuevo, y vuélvase a hacer el

puente nuevo; y después de tanto recomendarlo y charlar sobre el proyecto, y pensar en uno de piedra, y después en otro de hierro, se salieron al fin con uno de palo. Dígame usted, mi amo, ¿y cuando el barranco se lleve éste, de qué proyectarán el otro?

Yo.—De cuernos, zopenco, y no me canses.

BARTOLO.—Pues no faltarán canteras de donde extraer el material.

(Momento de silencio, durante el cual me llevo con precipitación la mano a la frente... un instante después recuerdo que no soy casado y me tranquilizo) ¹⁷.

Yo.—(Con extrañeza mirando la cama.) Y dime, hombre, ¿de cuándo acá te ha ocurrido colocarme el catre en esta posición atravesada, que me impide el paso hacia aquel ángulo del cuarto?

BARTOLO.—Es que lo he querido colocar en línea recta.

Yo.—¿Y no saber tú que la recta no se inclina a ningún lado?

BARTOLO.—Ahí tiene usted, lo mismo que decía yo; pero como han tratado de convencerme que la casa que se está fabricando en la calle del Reló está en línea recta con la calle Nueva, y aquella coge hacia un lado y ésta hacia otro, de aquí mi empeño en poner la cama de usted imitando a la tal casa en construcción que parece le ha tocado aire de perlesía.

Yo.—¿Y qué entiendes tú de trazados, ni dirección para meterte a criticar lo que no puedes comprender?

BARTOLO.—Bien, señor; yo no entenderé nada de esos chismes, pero no se me esconde lo que está bien y lo que está mal, y usted verá cómo la tal casa va a salir una copia exacta de la plaza del mercado.

Yo.—Cállate, por Dios, Bartolo: no es tan exagerada como yo quiero tu crítica, sino moderada y racional. Los inteligentes al clavar sus banderillas...

BARTOLO.—Ni que fueran toreros.

Yo.—No me interrumpas. Al clavar sus banderillas tienen la certeza de su perfecta alineación, y ponen en práctica sus proyectos.

BARTOLO.—Todo eso está muy bien; pero al hacer lo que hacen, debieran reflexionar que cualquier prójimo al pasar por la memorada calle se rompe la crisma ¹⁸ al tropezar con la pared de enfrente, y pudieran a lo menos, por compasión, darle ensanche derribando desde luego las casas necesarias para su formación, al mismo tiempo que siguen levantando la susodicha obra.

Yo.—Ya, eso es otra cosa; y por castigo a tu supina ignorancia merecías que tu crítica disparatada fuese remitida a cualquier periódico para que el mundo juzgase de tu terquedad y atrevimiento.

BARTOLO.—Poco me importaría si juntamente pudiese insertarse la casa en cuestión.

¹⁷ Estos temas también surgen con frecuencia en la obra posterior de Galdós.

¹⁸ Nótese que Galdós expresamente pone los vocablos y giros populares, proverbios, dichos, etc. en boca de Bartolo. Para el "Yo" reserva un lenguaje más fino, más elegante.

YO.—Aquí no hay otra casa en cuestión, sino mi catre, que lo quiero derecho como estaba antes. ¿Entiendes?

BARTOLO.—(*Rodando el catre y en voz baja.*) Cúmplase su voluntad en...¹⁹.

YO.—¿Qué murmuras?

BARTOLO.—Nada, señor. A mí me gusta siempre tener las cosas a la orden del día, y si usted continúa reprendiéndome porque digo la verdad que tanto me recomienda, vamos a concluir con nuestras tertulias casi sin haber empezado.

YO.—Bien, Bartolo, bien: dime lo que quieras, que, según salga de tu boca, así lo remitiré al "Omnibus" para su inserción; pero ten entendido que tú solo serás el responsable, y por lo que a mí toca, me lavo las manos como Pilatos.

BARTOLO.—No tenga usted cuidado, que todo lo haré a medida de sus deseos, pues ejerce usted sobre mí más influencia que un muchacho casadero y rico sobre las doncellas de este pueblo.

YO.—Sumo placer tendré en tu comedimiento, porque, aunque tu inteligencia es lista y despejada en extremo, debe ser, según dice Santa Teresa, como la tierra no labrada, que lleva siempre abrojos y espinas aunque sea fértil.

BARTOLO.—Extraño que Santa Teresa se ocupe de esas cosas y especialmente de mí.

YO.—No disparates; y ya debieras haber comprendido que tengo sueño y necesito descansar.

BARTOLO.—Muy bien, señor; pero no olvide usted nuestras tertulias, que tanto agradan. Verá usted cómo me voy a atraer de tal modo la atención del público, que han de suscribirse al "Omnibus" hasta los criados de casa, y ya cuidaré yo de no volver a calentar con él el café y ni el vecino de enfrente envolverá más cominos ni azafrán.

YO.—Todo lo que tú quieras; pero vete en paz, que tu charla me incomoda.

BARTOLO.—Buenas noches, señor. (*Se aleja cantando en voz baja.*)

Ya que llegó mi vez,
aunque cante sin provecho,
no he de decir que al derecho
está, lo que está al revés²⁰.

YO.

[12 julio 1862.]

¹⁹ La técnica de contestar preguntas a medias, con evasivas, es asimismo propia del gracioso y del pícaro, así como el murmurar en voz baja o a espaldas del amo.

²⁰ También son comunes estas cancioncillas en la comedia del Siglo de Oro.

TERTULIA DE "EL OMNIBUS"

Mí criado BARTOLO y Yo.

BARTOLO.—(*Desde adentro.*) Señor, señor, aquí está el cartero.

YO.—Súbeme los periódicos y correspondencia.

BARTOLO.—Dice que no trae periódicos ni correspondencia, sino billetes de la rifa de un burro.

YO.—Vete al diablo, Bartolo, con tus rifas. ¡Pues no faltaba más sino que constantemente vengan a fastidiar a uno con rifas de objetos que no se sortean nunca, o que se han sorteado ya un millón de veces, saliendo premiado el número cuyo billete no aparece!

BARTOLO.—(*Entrando.*) ¿Y por qué no toma usted, mi amo, un número, que tal vez pueda sernos propicia la fortuna y sacarnos el burro?

YO.—Nadie mejor que tú sabe la pacotilla de billetes que en diferentes suertes he tomado, empleando en ellos un capital considerable.

BARTOLO.—Es verdad; pero una vez se acierta, y al menos se protege esa industria.

YO.—No abuses de las palabras, Bartolo. Jamás apellides industria a lo que es en muchas ocasiones una estafa pública. El Real Decreto de 20 de enero de 1851 prohíbe terminantemente las rifas, a no preceder la correspondiente real licencia que debe expedirse por conducto del Ministerio de Hacienda, según es textual del mismo Decreto; y el Código Penal, en el título 7.º, libro 2.º, impone severas penas al contraventor²¹.

BARTOLO.—¡Cáspita! y qué ocupado debe andar el ministerio con nosotros...; pero, mirándolo bien, si usted por casualidad se sacara el burro (aun sin tomar billete, pues así ha sucedido varias veces), podría sin molestarse y sin romper calzado, pasear en él y observar por esos mundos de Dios curiosidades que nos den material para nuestras tertulias.

YO.—Y a propósito de las tertulias, ¿qué has oído decir de ellas por ahí?

BARTOLO.—Hay opiniones, señor, y no sabe uno cómo conducirse para contentar a todos. Muchos de los que leen nuestras conversaciones exclaman, abriendo tamaña boca: "¡Magnífico! ¡Esto es sublime! Así es como se escribe: con claridad; al pan, pan, y al vino, vino, y nada más". Otros, al contrario, dicen: "Sí, señor: estará buena y todo lo que usted quiera, pero yo, que asistí al trazado que se hizo en la calle del Reló, sé muy bien y me consta de propia ciencia, que la casa que allí se construye se halla alineada perfectamente con la diagonal H y el vértice del ángulo X, o lo que es lo mismo, está en línea

²¹ La lotería controlada por el Estado fue introducida en España durante el reinado de Carlos III. La afición a ella, así como a todo género de rifas, existe aún en nuestros días. Los manejos y trampas que comentan amo y criado han sido objeto frecuente de trato literario en todos los tiempos.

recta con el Castillo del Rey y el Reducto de Santa Isabel". "No, señor, interrumpen algunos: todo estará perfectamente, pero aquello de que el puente lo van a construir de..."

Yo.—Creo que llaman. Tal vez sea otro burro en rifa.

BARTOLO.—(*Asomándose a la puerta.*) No, señor: es un hombre que pide limosna.

Yo.—Dile que perdone. Quizá sea uno de tantos vagabundos que andan por nuestra población sin oficio alguno, rebosando vida y salud, pretendiendo conmovier el corazón de los transeúntes con los harapos de su supuesta miseria.

BARTOLO.—¡Bah!, no piense usted tan mal, señor. Tal vez, como el año ha sido malo, y como no ha llovido y hay falta de agua por Lanzarote y Fuerteventura, según dice "La Crónica"...²²

Yo.—Aunque así sea. Yo no dudo que la falta de cereales y carencia de agua obliguen a algunos desgraciados a emigrar de sus islas y venir a buscar el indispensable sustento a nuestra fértil tierra; pero, a fin de conseguirlo, es necesario que trabajen, principalmente en esta época en que tanta falta de brazos hay, y donde tantas obras se construyen; y no que con la ficción y el engaño sorprenden la credulidad de las almas benéficas, atropellando los superiores mandatos, y revelando a los extranjeros que pisan nuestro suelo la idea más triste de nuestra cultura y civilización.

BARTOLO.—Me parece que habla usted con demasiado rigor.

Yo.—No es rigor, Bartolo. Yo quisiera que te enterases de las leyes vigentes que prohíben la mendicidad²³, lo mismo que las rifas, cuando no les precede la competente licencia. ¡Si tú supieras los males que acarrea una supuesta mendicidad! Baste decirte que el verdadero necesitado, el pobre vergonzante, no es ese que recorre las plazas públicas y anda de puerta en puerta demandando conmiseración. Nuestros antepasados fueron más previsores que nosotros, y el legislador romano consignó en sus códigos el principio social de que vale más dejar morir de hambre a los vagabundos, que mantenerlos en la holganza.

BARTOLO.—Pero eso es a los vagabundos.

Yo.—Y esos son los verdaderos vagabundos. ¿Ignoras acaso que en nuestra tierra todo se tolera? ¿Hay vagabundos en nuestra población? ¿Si o no?

BARTOLO.—¡Jesús, Jesús, Jesús!

Yo.—¿Y a quién has visto castigar por tal concepto?

BARTOLO.—A nadie, señor, a nadie; pues sería necesario principar por...

Yo.—Pues ahí tienes tú, para no ser sorprendido y engañado, las leyes previenen, según te insinué ya, que el mendigo que demanda la pública limosna, vaya prevenido de una licencia, debidamente autorizada, que demarque el motivo por qué la obtuvo, y si después de haber cesado la causa continuase

²² Publicado en Lanzarote. Comenzó el 16 de febrero de 1861 y cesó el 14 de febrero de 1863. Cf. Maffiote, *op. cit.*, págs. 76-78, 82.

²³ Tema común y de gran importancia en Galdós, inmortalizado en una de sus mejores novelas, *Misericordia* (1897).

mendigando, será castigado conforme a lo prescriptivo de nuestro Código Penal (arts. 263, 264, 265 y 266), que considera un delito el pedir limosna sin este requisito. Si tú vieras los artículos 88, 89 y 90 de las Ordenanzas municipales de Madrid, no dirías que pienso con exagerado rigor, cuando leyese que se previene "a todos los dependientes de la Municipalidad, como inspectores, celadores, serenos y guardas de arbolado, y aun a los señores curas párrocos y encargados de las iglesias, dueños de cafés, botillerías, tiendas y tabernas y demás establecimientos públicos y privados, que impidan bajo su más estrecha responsabilidad el que públicamente se pida limosna". Yo no sé por qué no ha de hacerse aquí lo mismo.

BARTOLO.—Eso no puede ser, porque aquí vivimos en familia.

Yo.—Tienes razón. Aquí todo se tolera y de todo se abusa, y no tiene más remedio que callar el que no quiera ser tenido por revoltoso y díscolo, y atraerse la enemistad de todo el mundo.

BARTOLO.—Pues usted bien querido está de todos; y nadie dejará de conocer que sólo el amor a su país, y la observancia y acatamiento a las leyes y superiores determinaciones, le hacen a usted hablar con alguna franqueza²⁴.

Yo.—Por desgracia, jamás se atiende a eso, y si tú supieras cuánto han de criticar nuestras verdades.

BARTOLO.—Pues ese temor no me arredra, y creo no callaré mientras el hijo de mi madre viva y mire ridiculeces, porque, gracias a Dios, de nadie dependo sino de mi trabajo, y como dice el adagio,

Que toques bien,
que toques mal,
los tres panecillos
no te han de faltar.

Y gracias a usted, que hoy me ha abierto los ojos respecto a rifas y mendigos con tantas leyes y reales decretos como me ha ensartado de seguida. Yo quisiera que encontrase usted alguno que prohíba las discusiones y la inserción de tanto "remitido"²⁵ en los periódicos, con que nos molestan sobre que si uno es caballero particular, si el otro hizo o no hizo la Fantasía; lo mismo que aquellos versos del de la levita y el fraque por allá, y la de lazo

²⁴ Estos renglones expresan bien la postura de Galdós ante los males de la patria. Por hablar de ellos y criticarlos no deja de ser menos patriota; todo lo contrario, está dentro de las corrientes de su época y, más tarde, de la "generación del 98". Véase nuestro *Patria y patriotismo en los "Episodios Nacionales"*, "Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político", núm. 27 (agosto 1962), págs. 71-86; y Carlos Clavería, *El pensamiento histórico de Galdós en "Revista Nacional de Cultura"* (Caracas), núms. 121-22 (1957), páginas 170-77.

²⁵ La conversación que sigue sirve para anticipar los "remitidos" de Pascual a Bartolo que se publican en el siguiente artículo, añadiendo otra perspectiva a la narración, como hemos señalado en nuestra introducción.

azul por acá, y qué sé yo cuántas cosas que en su principio agradan, pero que luego cansan.

Yo.—Vete despacio, Bartolo, no critiques lo que no entiendes, y sábetelo que la discusión trae la luz; pues no me disgusta el que los jóvenes agucen su ingenio y demuestren su talento en esa especie de contiendas medio poéticas, que aplaudo, y revelan cierto amor a la literatura; y así, guardando el incógnito, se despierta la curiosidad y el chiste, y se descubren ingeniosas aventuras que entretienen. Por lo que toca a los “remitidos” que mencionas; no está el mal en que se prolongue la polémica, sino en admitir el primero, pues publicado éste, no tiene el pobre editor la culpa de que se eternicen las réplicas de las personas que se juzgan ofendidas, porque no puede eludir la inserción de las contestaciones que se le remitan, negando, rectificando o explicando los hechos, pues es expreso de la ley de imprenta, en su artículo 22, “que ningún director de periódico podrá rechazar las contestaciones que se le remitan, debiéndoles dar inserción en los tres primeros números que se publiquen después de la entrega”.

BARTOLO.—Pues yo, señor, quisiera que las columnas de un periódico sostuviesen grandes y sublimes pensamientos, y que no imitaran a las columnas de la portada de la Alameda, que tienen dos figuras de esquinero por remate, las cuales me recuerdan los títeres del retablo de maese Pedro.

Yo.—Pues ¿qué se hicieron los jarrones que antes adornaban su entrada? ²⁶

BARTOLO.—Uno se derribó, y el otro permaneció largo tiempo haciendo de centinela avanzada, o como pregón de nuestra desidia, hasta que últimamente fueron sustituidos ambos por las dos figuritas mencionadas, que indudablemente comprarían a un italiano de esos que venden sus *santi boni barati* ²⁷.

Yo.—Ignoraba tales innovaciones.

BARTOLO.—Pues, ya se ve. Usted entenderá de leyes y reales decretos; pero para esto de novedades me pinto solo. Si usted tuviera conocimiento de unos periódicos literarios manuscritos que andan por ahí titulados “El Guanarteme” y “La Antorcha” ²⁸, ya vería usted qué bonitos versos tienen.

Yo.—Y ¿quién se entretiene en redactar esos papeles, y dónde los has visto?

BARTOLO.—Sus redactores no los conozco; pero leerlos, los lee quien quiera, pues corren por ahí de mano en mano, y aun tienen entrada en ciertas tertulias.

Yo.—Deseara verlos.

BARTOLO.—Eso será fácil; y le aseguro a usted que es lástima no se den a la prensa sus artículos y composiciones poéticas.

Yo.—¿Qué quieres, Bartolo! Por desgracia, en nuestro suelo, donde no se da protección a la literatura, el genio muere, y el gusto, el verdadero gusto,

²⁶ Giro estilístico que hace recordar *Las Coplas*, de Jorge Manrique.

²⁷ Reproducción humorística del habla macarrónica del vendedor italiano.

²⁸ Periódicos satíricos que circulaban de mano en mano en el Colegio y en la población. El joven Galdós era el único contribuidor de “La Antorcha”, de la cual, por desgracia, no se ha conservado ningún número. Cf. Berkowitz, *op. cit.*, págs. 37-38.

se pierde por temor a la crítica severa de los que se complacen en destruir lo que no son capaces de hacer ²⁹.

BARTOLO.—Verdad y mucha verdad.

YO.—Pues basta de verdades por hoy, y no descuides recolectar por ahí un repertorio bueno de noticias para distraer mi constante *spleen* y pertinaz mal humor.

BARTOLO.—Pierda usted cuidado, señor, que novedades no faltarán.

Yo.

[6 agosto 1862.]

²⁹ Tal juicio lo volverá a emitir Galdós de una manera mucho más fuerte en su prólogo a *Los condenados*.

"REMITIDO"

Carta de PASCUAL a su primo BARTOLO.

Mi querido primo Bartolo: Hastiado de buscarte en esta ciudad después que supe habías regresado a ella, casi casi había renunciado a mis pesquisas cuando, en vez de encontrarte en una buhardilla, o cosa semejante, te hallo nada menos que en una accesoria decente, si las hay, o sea en el piso bajo de "El Omnibus". Apresúrome, pues, a darme las enhorabuena a mí, que soy primero que tú, y a ti, que eres dos veces después que yo; y esta alegría es tanto más natural cuanto que mi principal deseo de encontrarte era precisamente para poner en ejercicio nuestra recíproca mordacidad, que así llaman algunos a nuestra franqueza, franca y leal como son siempre las franquezas, si exceptuamos a las de los Puertos, que tienen el nombre de franquicias³⁰.

Pero, francamente, aquel deseo que entre nosotros dos, y a la calladita, podía proporcionarnos ratos buenos de distracción, veo que tú lo has entendido de diverso modo, puesto que, sin más ni más, te has metido a murmurador, oficio bien ingrato por cierto, si bien lo has hecho a la sombra de tu amo, que desde luego aprecio por serio y por su inteligencia y despreocupación, por más que me repugne su nombre. Ya tú sabes mi genio: no me gustan, sin poderlo remediar, los nombres aristocráticos, y sea esto dicho con perdón de tu amo.

Buenos y muy rebuenos han estado los dos, él y tú, en hacer lo que han hecho; pero malos y muy remalos en sacar a cuento eso de las rifas, pues me vas a causar un perjuicio de muchísima gravedad: figúrate que ésa es mi industria y que con ella me sostengo, y verás si hay motivos por que me haya afectado tu indiscreción. Ya estoy mirando venir la orden prohibiendo las rifas, y no sé qué va a ser entonces de mí; pues aunque no rifo burros, lo que siento por la semejanza, rifo pañuelitos de seda y botitas de charol y abanicos y otras menudencias que me proporcionan descansadamente la subsistencia. El único medio que yo encuentro de que repares el daño que impensadamente, a lo que creo, me has hecho, es el de que te empeñes con tu amo para que esto de las rifas no llegue a noticia de las autoridades, pues, como los que yo rifo no son objetos presentados a la Exposición, es muy probable que yo me quede sin mis rifas de mi alma, y pierda el capitalito que en este negocio tenía empleado, y ya comprenderás tú que no es fácil encontrar negocios, y mucho menos uno que proporcione tanto descanso y tan positiva utilidad.

Basta por hoy, primo Bartolo, que no todo se ha de hacer en un día; bástame a mí el haberte encontrado mal o bien enfolletinado: bástete a ti el saber que ando por estos mundos de Dios escudriñando y atisbando cuanto puedo cuando quiero, y cuanto quiero cuando puedo; y bástenos a nosotros que, tu

³⁰ Nótese la vuelta a los juegos de palabras: franquezas—franquicias.

amo inclusive y el público también, somos cuatro, saber, como tu primo les anuncia, que estamos en la más completa plenitud de nuestro derecho para murmurar, o como quieran llamarlo, siempre que no faltemos a la ley³¹.

Adiós, hasta que vuelva a escribirte tu primo

PASCUAL.

[13 agosto 1862.]

³¹ Párrafo de estilo barroco completamente; ya pudiera ser imitación de Quevedo como de Cervantes.

TERTULIA DE "EL OMNIBUS"

Mi criado BARTOLO y Yo.

BARTOLO.—¡Apun...! ¡fuego...! ¡pum...!

Yo.—¡Bartolo! ¡Bartolo!

BARTOLO.—(*Entrando con una escopeta de caza en la mano.*) Señor, señor.

Yo.—¿Qué haces, hombre, que parece intentas echar la casa al suelo?

BARTOLO.—Me estoy ensayando para ir un día de estos a cazar con varios amigos a La Isleta, y a los cercados de las afueras de Triana.

Yo.—¿Y qué intentas cazar cuando aquí afortunadamente no se encuentra esa clase de animales dañinos cuyo exterminio autoriza el Real Decreto de 3 de mayo de 1834?

BARTOLO.—¿Cómo que no se encuentran, señor? ¿Y los conejos, y las palomas, perdices y alcaravanes que pueblan los campos y asolan los sembrados? ¿y esa plaga de pájaros de mal agüero que pulula por nuestras sociedades e infestan la población ocasionando más daño que la langosta y la cigarra berberisca?³²

Yo.—Cállate, Bartolo, cállate, que vas haciéndote incorregible, y no puedes sostener la más formal conversación sin entrometer en todo tu mordaz e inoportuna sátira.

BARTOLO.—Pero usted no me ha dicho...

Yo.—Lo que te he dicho y repito es que te dejes de boberías, y si pretendes ir a cazar, deberás, tanto tú como los que te acompañan, proveerse antes de la competente licencia de los dueños de las propiedades donde deseen entrar, conforme se redacta en el título 1.º del Real Decreto mencionado, a fin de que nadie pueda venirse mañana con quejas de tí.

BARTOLO.—Pero si yo no pienso ir mañana.

Yo.—Cuando quiera que vayas. Callos tengo en los oídos de escuchar constantemente a los dueños y arrendatarios de los predios donde cultivan el nopal, los perjuicios y daños que les irrogan los cazadores desprendiendo la grana de la pala con el roce de sus vestidos, y destrozando la planta con la mala dirección de las municiones, y los saltos y carreras de los perros.

BARTOLO.—¿Y de cuándo acá dice usted que es la tal ley?

Yo.—Desde el año de 34.

BARTOLO.—Pues hasta ahora me figuraba yo que hubiese salido hoy, porque hasta ayer mismo fueron a cazar, Domingo, Antonio, Pedro, Carlitos y el hermano, y no necesitaron licencia ni permiso de nadie, no impidiendo ello que vinieran cargados de perdices y conejos.

³² Vuelve Galdós a criticar lo que considera como abuso contra la sociedad. El diálogo comienza cómicamente con la revoltosa irrupción de Bartolo.

Yo.—Eso es un abuso por parte de ellos, y excesiva tolerancia por la de los dueños.

BARTOLO.—¿Y quién no abusa hoy, sin responsabilidad de ningún género? En estos tiempos, señor, el abuso es un uso.

Yo.—Irracional te has hecho, a fe mía.

BARTOLO.—Me habré hecho todo lo que usted quiera, pero que lo que digo es verdad no admite duda alguna.

Yo.—¿Entonces te atreverás a sostener que es lógico el que cualquiera, por satisfacer su capricho, se halla autorizado para perjudicar al colono que mira en su labranza el porvenir y sostenimiento de su familia?

BARTOLO.—Usted podrá decirme lo que se le antoje, y aun llegará a convencerme; pero es seguro que si mi primo Pascual, que es antiguo cazador, llega a husmear ese fárrago de leyes que usted cita, de positivo se va a amoscar, como sucedió con lo de las rifas.

Yo.—Y hará mal y muy mal, porque por tan poca cosa como fue lo que con sobrada razón de las rifas dije, debiera tener entendido tu primo que la prohibición que teme no llegará jamás; y tendrá tiempo sobrado, no digo para rifar los objetos en que declara haber invertido su capitalito, sino más que fuera.

BARTOLO.—Ya; pero como él no conoce tanto como usted, todos estos...

Yo.—Pues debía conocerlos antes de impugnarnos y tacharte de murmurador, ya que se precia más de cazador de noticias que de cazador de liebres.

BARTOLO.—¡Caramba, señor! Dice usted unas cosas de mi primo y le trata con tanto rigor...

Yo.—No es rigor; pero asegúrote que tengo deseos de conocer a ese Pascual, a ese improvisado primo tuyo de quien nunca me has hablado, y cuyo estilo epistolar me agrada, pues parece ser menos bruto que tú.

BARTOLO.—Muchas gracias, mi amo. Pues señor, mi primo Pascual, aunque es mi primo, no es primo mío.

Yo.—No te comprendo.

BARTOLO.—Quiero decir, que así como hay tíos con sobrinas que no son ni sobrinas ni tíos, sino que ellas y ellos... y luego ellos y ellas... ¿pues... eh?... ¿me entiende usted? ³³.

Yo.—Cada vez te comprendo menos.

BARTOLO.—Mi primo Pascual y yo nos conocimos desde chiquillos en la escuela, ¡y desde luego nos quisimos tanto!

Yo.—Como buenos parientes.

BARTOLO.—No, señor; hasta entonces no éramos primos; ¡pero nos quisimos tanto!, simpatizamos de tal modo, que siempre andábamos juntos, siempre nos buscábamos, y ni él tenía secretos para mí ni yo los tenía para él.

Yo.—¿Y qué tiene que ver eso con vuestro parentesco?

BARTOLO.—Tenga usted paciencia. Tal intimidad y tanto cariño dio lugar

³³ En una enredada imitación del lenguaje barroco toca este tema, tan común en la novela picaresca.

a que los muchachos nos llamaran los dos hermanos; pero nosotros, conociendo que semejante dictado podría herir la susceptibilidad de nuestras madres, adoptamos el de primos, y desde entonces no habia otra cosa sino mi primo Pascual esto, mi primo Pascual lo otro.

Yo.—Ya comprendo. Pero ¿a qué venía aquello de los tíos y las sobrinas?

BARTOLO.—Eso no era más que para la similitud.

Yo.—Pues mira, Bartolo: no debes despreciar las relaciones que te unen con tu postizo primo, pues hoy más que nunca pueden sernos útiles para deleitar y corregir.

BARTOLO.—Demasiado, señor.

Yo.—Al intento deberias contestarle anunciándole que, así como tú eres un primo que no eres, también yo soy un Yo que no soy; un Yo que nada tiene de aristocrático; y prueba demasiado ostensible de ello son los diálogos familiares que contigo sostengo.

BARTOLO.—Estoy en todo lo que usted dice; pero, sin ser necesario escribirle particularmente, él se enterará de todo por nuestras tertulias, pues es muchacho corriente y no lo extrañará.

Yo.—Bien; pero quisiera que le hicieses algunas insinuaciones respecto a proyectos y reformas.

BARTOLO.—Me guardaré de ello; porque usted, señor, no sabe, que a usted por mí, y a mí por mi primo Pascual, y a mi primo Pascual por aquello de las rajadas de tea y la leche de burras, nos traen entre ojos.

Yo.—Haz lo que quieras.

BARTOLO.—Lo que haré yo, para que vayan saliendo oportunamente, es acumular las noticias más gordas y formar con ellas un majano enteramente igual al de las piedras que existe en los recobecos de San Antonio Abad, enfrente del lugar donde desemboca la calle de la Audiencia en la de la Gloria.³⁴

Yo.—¿Y cómo se permiten esas barricadas en el centro de la población?

BARTOLO.—Bien hace usted en llamarlas borri...

Yo.—;Silencio!

BARTOLO.—¿Pues qué he dicho yo, señor?

Yo.—Te he preguntado por qué se hallan las tales piedras en aquel sitio, y quiero me contestes directamente.

BARTOLO.—Aquellas piedras están allí desde *ab antiquitate* (¿está bien dicho, mi amo?)³⁵, y en días pasados ocasionaron un gran disgusto a los pobres padres de un niño que por ir con otros de su edad a jugar a aquel sitio cayó rodando y quedó gravemente herido.

Yo.—Si los padres no descuidaran a sus hijos, no lamentarian semejantes desgracias. Mas, con todo, persisto, ¿con qué objeto permanecen las tales piedras en dicho lugar?

³⁴ Hoy Agustín Millares; antes se llamó calle de los Barrenos.

³⁵ Comienza Bartolo a imitar el habla de su amo, como Sancho con don Quijote.

BARTOLO.—Se me figura si querrán construir allí alguna fuente o pilar como el de la plaza del Espíritu Santo.

YO.—A propósito: ¿esa obra estará ya casi concluida?

BARTOLO.—Quiá, señor; hasta ahora no se ha dado a luz más que la primera entrega y corre por ahí el rum rum de que la tal fuente no correrá.

YO.—Estás hoy enigmático, Bartolo.

BARTOLO.—Es necesario estarlo, porque cuando uno ve ciertas cosas se le rayan las tripas y se le altera la bilis.

YO.—Paciencia, hombre, paciencia; que si no piensan concluir la tal obra ya tendrán cuidado de herrar o quitar el banco.

BARTOLO.—Pero de todo esto lo que más me incomoda es que hay muchos que pretenden que tengamos tan anchas las agallas que todo lo traguemos.

YO.—Y qué fuerte que estás hoy.

BARTOLO.—Supóngase usted que si fueran a escribirse los errores que se han cometido, se cometen y se cometerán, todo el papel del mundo se volvería negro.

YO.—Andaluzadas tenemos. ¿Y si el objeto es bueno?

BARTOLO.—Qué sé yo; ni siquiera me atrevo a creerlo, porque bastaría que lo fuera para que no se hiciese. Y si no, ¿con qué fin han dejado el montón de piedras en cuestión en semejante sitio? Acaso lo hayan conservado para madrigueras de ratones, lagartijas y lagartos, y puedan cazar en aquel sitio los que carezcan de licencia, y la fuente del Espíritu Santo la dedicarán a algún objeto beneficioso, como para criar sanguijuelas, aunque "El Omnibus" aún no las haya anunciado.

YO.—No te entiendo.

BARTOLO.—Estas son cosas que no se entienden.

YO.—Ya, ya.

BARTOLO.—Mi primo Pascual, que es más atrevido que yo y a nadie teme, podrá decirlo todo con más claridad, puesto que cree hallarse en la más completa plenitud de su derecho, murmurando de todo siempre que no falte a la ley.

YO.—Pero falta que él quiera hacerlo.

BARTOLO.—Si él no lo hace, lo haré yo, a pesar de todo.

YO.—Vete con cuidado; que si no carecieras de discreción y prudencia ya pudieran por ti solo manejarte; pero las verdades amargan, y por lo mismo neceso de repetir siempre con mi amigo don Maximino Carrillo de Albornoz:

Las verdades se ve que cuestan caras;
y pues nada en callarlas sacrífico,
dejo, entornando cauteloso el pico,
de meterme en camisa de once varas ³⁶.

BARTOLO.—Lo que yo estoy viendo es que usted es como el capitán Araña, que a todos embarca y luego se queda en tierra. Yo no, señor: una vez en el

³⁶ Algo de las costumbres de Bartolo se le va pegando asimismo a su amo.

burro, arre burro; que no quepo por la boca de nadie, y salga el sol por donde salgare³⁷

YO.—Aplaudo el que seas consecuente con tus ideas; pero la gente anda amoscada, y cuida no te sacudan el polvo.

BARTOLO.—No faltará polvo que sacudir, porque los barrenderos cumplen tan al pie de la letra el bando de buen gobierno, que todos están esperando por el agua de la fuente de que antes hablamos, para regar las calles cuando barren, importándoseles un bledo el levantar densas nubes de polvo que producen en los pobres transeúntes vértigos, náuseas y convulsiones. Ni que estuviéramos en Lanzarote.

YO.—Ja, ja, ja. Si eso no puede ser, cuanto tantos vigilantes hay para hacer cumplir lo acordado por la autoridad.

BARTOLO.—Los municipales se cuidan tan poco de eso, y luego se hallan tan fatigados con el excesivo trabajo...

YO.—Lo creo, lo creo.

BARTOLO.—Deje usted que yo adquiera para comprar un caballo, y he de andar por esas calles a escape como un condenado, atropellando a todo el mundo, y verá cómo no tropiezo con siquiera un municipal para un remedio.

YO.—No exageres.

BARTOLO.—No exagero, sino que es verdad, y mucha verdad; porque con estos ojos que ha de comer la tierra, he visto tantos y tantos que andan a caballo por esas calles como alma que lleva el diablo, que no sólo se exponen a romperse la crisma, sino a romper la del prójimo³⁸.

YO.—No seré yo el que te aconseje imites semejantes tropelías; pero si lo haces con el laudable fin de despertar a la dormida vigilancia, basta para realzarlo el que alquiles un caballo.

BARTOLO.—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted, señor?

YO.—Que alquiles un caballo.

BARTOLO.—Dispéñeme, señor; pero de seguro que usted no sabe lo que dice.

YO.—¿Cómo que no sé lo que digo?

BARTOLO.—No, señor; porque hoy, que lo más que abunda son bestias³⁹ en nuestra población, es necesario ser uno todo un potentado para atreverse a alquilar una.

YO.—¿Por qué tanto?

BARTOLO.—Porque por el alquiler de una bestia piden un ojo de la cara; porque los arrieros estafan impunemente que es un contento; porque hoy, que tantos carruajes hay y por consiguiente es mayor el número de cabalgaduras,

³⁷ Otro ejemplo de la atención que prestaba Galdós al habla coloquial. Véase el estudio de José de Onís, *La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós*, "Revista Hispánica Moderna" (Nueva York), XV, núms. 1-4 (1949), págs. 353-63; reproducido en "El Museo Canario", X, núms. 31-32 (julio-diciembre 1949), págs. 209-26.

³⁸ Bosquejo costumbrista aplicable hoy a las congestiones de tráfico de automóviles.

³⁹ *Double entendre*.

mayor es el alza de sus alquileres; porque si usted toma una bestia para ir de aquí al Puerto de La Luz, o al Monte Lentiscal, o a dar un paseo de una hora o menos, le cuesta a usted cada paseo 20 rvn.⁴⁰, y a más de esta atroz exorbitancia le pide el arriero la indispensable propina para echar un brindis en la próxima taberna. Y, ay de usted si se la niega, porque será usted deshonrado y maldecido. Resultado de todo: una bestia mala, resabiosa, que le muele a usted las asaduras, una hora de tormento que le cuesta 20 rvn. y por último el requerimiento de la propina, que, con la molestia del viaje y el mal humor, se la diera usted de guantazos.

YO.—Ahí tienes tú un abuso que debiera enmendarse.

BARTOLO.—¿Y quién enmienda eso?

YO.—No lo sé; pero aunque lo supiera y lo dijese, todo sería predicar en desierto, y sacaríamos, como siempre, lo que el negro del sermón.

BARTOLO.—Es la pura verdad, mi amo.

YO.

[6 septiembre 1862.]

⁴⁰ Reales vellón: moneda de cobre que se usaba en aquel entonces.

"REMITIDO"

Segunda carta de PASCUAL a su primo BARTOLO.

Mi querido primo Bartolo: Era una noche de nieve y granizo, allá por el año mil ochocientos y tantos, cuando nuestra buena tía Marcela se sintió acometida de dolores de parto. Párteme el corazón el considerar que aún la estoy oyendo: era primeriza, y me acuerdo de aquella naturalidad con que el tío Blas se regocijaba creyendo que iba a tener (su mujer, por supuesto): un *hijo macho*, que era su sueño, su anhelo, su deseo, su halagüeña esperanza: ¡tenía sesenta y cinco años el pobre!... Pero, amigo: tía Marcela, ladina como ella sola, se salió, al amanecer de Dios, con una *hija jembra*. Si hubieras visto y oído al tío Blas: pateaba, *ternaba*, estaba hecho una furia y por último se echaba boca abajo, como negro dispuesto a sufrir el latigazo, exclamando con voz estentórea: "mala noche y parir hija..."⁴¹.

Esto mismo digo yo, Bartolo: ¿al cabo de tanto tiempo que has estado aguantando el resuello, vienes a resollar por boca, no de ganso, sino de amo, que, entre nosotros, es buen resollar; y lo haces poniendo escrúpulos y dificultades sobre nuestro parentesco? En qué quedamos, Bartolo, ¿somos o no somos primos? A mí me ha hecho gracia eso de los tíos que se nos encajan aquí (por aquello del puerto franco sin duda) con sus sobrinitas y con sus amas de llave. ¡Válgate Dios todopoderoso, Bartolo! Tu poca experiencia te hace ser más murmurador de lo que realmente sos. Deja tú vivir a todo el mundo, y en particular a los que vienen a establecerse entre nosotros en la creencia, no muy distante por ciertas cosas, de que estas Islas son las *Sanvichas*⁴².

Mira, no seas majadero: ni vinculistas, ni capellanes congruentes, ni sanguinarios, ni patronos legos ni laicales, por más legos que seamos; lo mejor es no disputar sobre parentesco y mucho menos echarnos a rebuscar cosas viejas que, créemelo, Bartolo, casi siempre salen sucias como si fueran trapo de faroleros, o más puercas e indecentes que el pórtico del Teatro: huélelo, olfatéalo, pero a veinte pasos de distancia, porque más cerca te asfixias, y veremos si tengo razón.

También tú, con el dichoso parentesco, has tocado un punto más comprometido y de mayores dimensiones que el que tienen algunas *medias* que yo he visto en la plaza del mercado: en este país, en donde la nobleza rebosa más que el caño del matadero; en donde con ponerse un *de* antes del apellido se consideran algunos elevados a nobles; en donde se ponen, atrevidos, una *t* o un *court* para variarlo y estimarse, necios, descendientes del conquistador de Lanzarote; en donde nadie está conforme con ocupar la clase a que pertenece; en un país en donde... ¡Bartolo! Tengamos la fiesta en paz, es asunto delicado,

⁴¹ Otro ejemplo de la fiel reproducción del lenguaje hablado.

⁴² Antiguo nombre de las islas Hawaii.

y terreno resbaladizo ⁴³. Abandonémosle para siempre; y supuesto que, acertando, nos hemos encontrado sin que tu amo, cuya galantería agradezco, repugne ni rechace nuestro parentesco, vamos a ser primos en paz y en gracia de Dios. ¡Bartolillo!, a aventar, biello en mano, que el montón, según luce en la era, promete: polvo al aire; aparte el tamo. No recogeremos gran cosecha de grano, lo que siento por los panaderos, pero cosecharemos maldiciones, y, al fin, todo es recoger.

Y a propósito: el otro día recogí la visita de un joven que venía buscando el número premiado con el caballo que últimamente se rifó en el Partido del Norte; ¡y después quieres tú que no suban los alquileres! mentecato: pues si un caballo te vale 50 pesos y su alquiler es, por ejemplo 10 rvon.; si rifándolo te vale 100, y además se pierde el número, ¿no has de pedir 20 rs. por ese mismo alquiler? ¡Válgate Dios, Bartolo!... Pero el joven, ¡qué guapo!, bigote retorcido hacia arriba, cigarro puro (Kentuki ⁴⁴ legítimo) y fósforo fulminante, o petardista; franco, como que se entró por la puerta sin tocar por no lastimarse las coyunturas; listo y casi atrevido, como que se metió en mi cuarto y comenzó a ojear, a escupir, a fumar, a leer, a hojear, a retorcerse el bigote, a hojear los papeles y a quemarlos también, con su maldito Kentuki: en una palabra, Bartolo, era uno de esos jóvenes que, pobrecillos, también la echan de nobles.

Pero no te apures, primo mío: nada leyó, ni pudo leer, de los apuntitos que tengo hechos para nuestras murmuraciones, reservados, por supuesto, con el capitalito de las rifas. Si acaso leyó algo fue el epígrafe de todos los proyectos que han salido, porque lo demás estaba en blanco como huevo de gallina. El bando de buen gobierno y otra cosa que se publicó sobre los panaderos, no podía leerlo, porque todo estaba en negro; no me gustan cosas escritas, y no cumplidas: cogí una pluma inglesa, que yo no sé por qué diablos nos las traen acá, como las sobrinas, y, sin intenciones de morirme, testé... todo lo escrito; y mira que no son malas las plumas aquellas para testar, en manos de un escribano sobre todo.

Hoy no quiere decir más tu primo

PASCUAL.

[17 septiembre 1862.]

⁴³ Continúa la crítica social.

⁴⁴ Uno de los estados productores de tabaco rubio en los Estados Unidos.

"REMITIDO"

Tercera carta de PASCUAL a su primo BARTOLO.

Mi querido y estimado Bartolo: Después de mi segunda y última carta, híceme, de la noche a la mañana y sin saber cómo ni cuándo, comerciante, ¿lo creerás?; y en su consecuencia me embarqué, pues el que no se moja en agua salada no es comerciante. Me embarqué, pues, con destino a Lanzarote, y escala en Puerto de Cabras; y no me fue mal. A bordo, como yo soy chico y grueso de cuerpo, me echaron, es decir, me lanzaron en la cubierta del barquito, cuyo aseo era muy regular, por fuera; en Puerto Cabras hay sus más y sus menos, porque es una población pequeña en donde los hombres y sus ideas, o sea sus intereses, se hacen más pequeños que la misma población, lo cual quiere decir que al revés me las calcé; y en cuanto al punto de destino, preciso es guardar silencio, porque los lanzaroteños son muy susceptibles y prefieren su amabilidad, honradez y naturalidad a verse aludidos en la menor cosa por más sencilla que fuese. Ellos lo conocen, según me dijeron; pero siguen nuestra moda y nuestra costumbre: nada de publicarse nuestros defectos, porque entonces, ¿qué dirán de nosotros en La Habana y en Montevideo y en Méjico y en Caracas, que son los puntos en donde más nos conocen? ⁴⁵ El caso es que allá lo saben; mas aquí es una diablura publicarlos. Por eso no te digo nada más, primo, respecto a este asunto.

Por lo que hace al de nuestro parentesco, anduve buscando allí el árbol de los Bethencoures⁴⁶, a ver si podía alcanzar un churrasco, y con tal motivo hube de relacionarme con los curiales. ¡Buena gente, primo Bartolo, buena gente! ¡Curiales! Uno de los procuradores tuvo la amabilidad de recomendarme a un su compañero del juzgado de Guía, en donde había de conseguirse una partida de qué sé yo qué vivo, ya difunto: como ambos procuradores, dio la rara casualidad de ser compañeros dos veces, se entendieron al momento; mas al de Guía se le ofreció no sé qué dificultad sobre si el difunto había fallecido, y me recomendó también a un compañero de esta ciudad, pero como no tengo noticia de que aquí haya procurador alguno que sea alcalde ni procurador, me valgo de tu amistad para que lo averigües y me digas dónde lo encontraré.

Ya se me alcanza que para estos negocios de partidas era mejor recurrir a los abogados; pero como yo tengo mucha fe en mi procurador y éste me recomendó a su compañero, creo a puño cerrado que debo buscar a éste, y por eso insisto en que me lo entregues muerto o vivo.

Sin perjuicio del encargo que te dejo hecho, te noticia que ahora se aproximan las elecciones de alcaldes, y como tu amo es abogado, según yo creo,

⁴⁵ Ciudades adonde afluía la emigración canaria.

⁴⁶ Descendientes de Juan de Bethencourt (1360 ?-1422).

no estará de más que se lo adviertas para que se embulle y haga algo. Allá por Guía dicen, pero con mucho sigilo, que están haciendo algo; pero sobre tonterías y nada más: que si el secretario ha de ser soltero o casado; que si el repartidor de las aguas ha de tener cinco pies y dos líneas en bruto o sólo los dos pies netos; que si los municipales han de ser arrancados o plantados... qué sé yo: tonterías y nada más, según he dicho.

Ahora les dejé por allá enredados con los depósitos, o con los pósitos, o con los apósitos, pues no entiendo estos nombres; como del *de* se han apropiado los nobles, que por allá lo mismo que por acá lo son todo el que se le antoja y le da la gana, regularmente los apósitos vendrán a recaer sobre los pobres, que nunca han podido ni podrán ser depositarios ni positarios. Dile a tu amo que se empeñe con el visitador para que descubra todo bien y no se deje poner apósitos, porque entonces, así como los pobres, únicos ciegos que hay en el mundo, suelen ver alguna vez, así también los visitadores podrían cegar o entuertar, si caen por desgracia en manos de embaucadores.

Se me va ya la sin hueso... Adiós de tu primo

PASCUAL.

[18 octubre 1862.]

VARIEDADES

TERTULIA DE "EL OMNIBUS"

Mi criado BARTOLO y Yo.

BARTOLO.—Pues yo le aseguro a usted que es verdad y mucha verdad.

Yo.—Te repito que no puedo creer eso, Bartolo.

BARTOLO.—¿Y piensa usted que si no hubiera sido así, se viera hoy la mayor parte de nuestras calles tan bien alumbradas?

Yo.—¿Y por qué no?

BARTOLO.—Porque mi primo Pascual me ha asegurado que gran número de los tales faroles de belmontina vinieron de Francia para uno de los pueblos de la parte Norte de la Isla; pero don Fulano, don Zutano y don Mengano (que siempre los dones la han de encharcar) negaron las ofertas hechas para su adquisición, pretextando que no necesitaban de luces por haberlas allí de sobra.

Yo.—¿Y aseguras tú que eso es verdad?

BARTOLO.—Tanta verdad como lo de aquel guardia civil que el otro día conté a usted había visto en la ribera del mar pescando viejas, después de haber colgado del muro cercano su uniforme, que quedó custodiando otro compañero.

Yo.—Esa gente anda siempre tan ocupada...

BARTOLO.—Vaya si anda, ni que los tales guardas fueran de escape de áncora. Luego, tienen tantos oficios, y tantos amos a quienes servir, que no sé cómo les sobra tiempo para pescar viejas.

Yo.—No extrañes eso, hombre: que muchos hay que sin tener en cuenta aquello de "*declaro bajo mi responsabilidad no percibir de fondos generales, provinciales ni municipales otras cantidades que la acreditada en esta nómina*", son una especie de empleados ómnibus o comodines, que a todas las corporaciones pertenecen y de todas perciben sueldo: siendo de ellas, no el algo útil, sino el algo de las utilidades.

BARTOLO.—Más valiera llamarles galgos.

Yo.—Es lo mismo, pues no bastándoles reunir en sí cuatro o cinco empleos lucrativos, siempre se crea para ellos, exclusivamente para ellos, algún nuevo destinito, en tanto que hombres de más ciencia y honrados padres de familia tienen que mendigar el pan: ese pan negro y malo que aquí se nos da, y que no merece siquiera ser mendigado.

BARTOLO.—¿Y cómo se entusiasma usted, mi amo!

Yo.—¿Y todo por qué? Porque no temen sufrir humillaciones y desaires; porque saben manejar con acierto el incensario de la adulación, y porque, como dijo el otro:

Uva, si quieres subir
a la cabeza después,
hante de pisar los pies:
que no hay medrar sin sufrir.

BARTOLO.—Usted se va resbalando, mi amo; cuidado no caiga en el hoyo del desagrado de sus compañeros, porque las calles están llenas de simas, excavaciones y trampas, y aquí abundan mucho los agujeros, señor. No se deje usted atropellar por el carro de la enemistad, pues quedará hecho añicos como si fuera enlosado. Tema usted no oculten espías tantas montañas de piedras como obstruyen nuestras calles. Desvíese usted siempre, no caiga sobre su cabeza alguna canal de sátiras que lo despachurre, a semejanza de esas canales de piedra que amenazan a los transeúntes convertirles en tortillas. ¡Ah! no pase usted nunca por el callejón de La Verdad, no caiga y lo aplaste un día algún lienzo de sus murallas como las ruinosas del convento descalzo. Antes que suceder esto, valiera más consumir el tiempo como los empleados: cogiendo moscas al vuelo con mucha gravedad y ponerles rabo como chicos de escuela para asustar al maestro.

Yo.—Pero si al ver esto es necesario morirse.

BARTOLO.—No se muera usted, señor. Mire usted que el cementerio es lo más feo que aquí tenemos. ¿Y el camino?... Dios nos libre... Si usted lo viera se le quitarían las ganas de hacer lo que tantos han hecho. Y ahora que vamos a tener óperas y zarzaleras, ¡y con el nuevo teatro que tendremos dentro de poco!: ya verá usted.

Yo.—¿Pues qué! ¿están fabricándolo ya?

BARTOLO.—¿Quiá! No, señor; ¿pero el proyecto; le parece a usted poco el proyecto? Un proyecto bueno, siempre es un buen proyecto.

Yo.—¿Y nada más?

BARTOLO.—Pues ahora empiezan. Proyectos de caminos; proyectos de levantar calles, proyectos de alinear unas y torcer otras; proyectos de combar lo derecho y enderezar lo torcido; en fin, proyectos y más proyectos.

Yo.—Si a enderezar empezáramos, a cuántos habría que enderezar, Bartolo.

BARTOLO.—Proyéctelo usted, señor; que aunque no se lleve a cabo, bien se pueden proyectar.

Yo.—Antes me casen, Bartolo, que proyectar lo que no he de realizar.

BARTOLO.—¿Tanta aversión tiene usted al matrimonio?

Yo.—Hoy más que nunca. Las mujeres me horrorizan, y temo cometer un torpe pecado al mirarlas con intención, pues me parecen hombres desde que llevan calzones, botas de tacón, garibaldinas a lo barquero y corbatas. Ellas se tienen la culpa del horror que me causan. Bastantes calzones hay en mi casa con los míos.

BARTOLO.—Ya; pero llevan con tanta gracia los madrifaques, que imitan campanas con los pies por badajitos; y como las campanas son para tocarse, ya usted ve...

YO.—¿Y no te parecen gallos al ver las crestas que hoy se ponen?

BARTOLO.—¡Como a mí me gustan tanto las palomas de toca de hueso!

YO.—Pues cástate tú, Bartolo.

BARTOLO.—Muy mal me quiere usted, señor. ¿De dónde sacaría yo para comprarles sus aderezos, coloretos y ridiculeces? Tal vez pondríanme ellas a mí la toca de hueso, pues cuando uno no puede satisfacer sus caprichos, ya buscan quien las regale, que para esto de tomar se llaman Tomasa.

YO.—Yo creo que ellas, no; pero el diablo, que es lo mismo, las tienta a todo lo malo. El engaño y la ficción es el distintivo principal de la mujer, y hasta para ocultar sus menores defectos inventan diabluras. Esos vestidos que ves de cola y que van barriendo el suelo después de haber barrido los bolsillos del pobre y manso marido, son invención de la reina Berta, la de los pies grandes.

BARTOLO.—¿Y será verdad todo eso, señor?

YO.—Yo no lo sé; pero diré lo mismo que cierto famoso libro de las *Revelaciones de ultratumba*, al hablar de la evocación de los espíritus y el sonambulismo magnético:

Yo no pongo nada mío;
quien lo dice es Satanás:
si en ello hubiere mentira,
mía no, suya será.

No es esto tampoco decir que ellas no tengan algo bueno; pero ese algo a tal precio...

BARTOLO.—“Paso, que le vi las patas al caballo”. Desde que mi primo Pascual se casó, anda como alma que lleva el diablo; hasta la cabeza se le ha trastornado, y escribe cosas tan confusas que él mismo no las comprende. Allá en sus cartas enjerga a Lanzarote con Guía, a los alcaldes con los procuradores, a los secretarios que han de ser casados y no solteros, y qué sé yo qué mezcolanzas. Cuanto antes, estoy seguro, me ha de citar en sus epístolas la guerra de las pelucas y casacas y me hablará de Monfies; y saldrán vencidos los casacones y las pelucas, porque ya ni usamos coletos ni casacas. Y al fin sacará por conclusión de las elecciones municipales algún mojicón y muchos dientes menos, de lo que sólo sacarán provecho los dentistas, que los venderán postizos. Y las tales consecuencias se llamarán siempre “consecuencias de mi primo Pascual”.

YO.—¿Y qué quiere decir todo eso?

BARTOLO.—Pregúntelo usted a mi primo, que él sí que lo comprenderá.

YO.—Pues lo que yo no entiendo me sobra.

BARTOLO.—A otros les faltará; que muchos conozco yo que, escasos de entendimiento, les sobra petulancia. Y aquí de aquel cuento de cierto empleado que creyéndose el tunante del pueblo donde residía...

YO.—El *tu autem* querrás decir.

BARTOLO.—Es lo mismo, señor: que el que está en gracia de Dios no se para en menudencias.

Yo.—Continúa.

BARTOLO.—Rebosábale el orgullo y echábala de liberal; y sólo porque un dependiente no se levantó de su asiento cierto día que junto a él pasó, plantóse delante (pues era de raza y bien plantado), y con voz estentórea le dijo: "Yo soy el señor del cielo y tierra que te he sacado de la nada; debes rendirme vasallaje y sumisión". Y con fiero ademán y rústico orgullo volvióle la espalda.

Yo.—¿Y cuándo sucedió eso?

BARTOLO.—"En tiempo del rey que rabió."

Yo.—Enterado y prosigue.

BARTOLO.—Vale más dejarlo aquí, no sea que lo echemos a perder.

Yo.

[1 noviembre 1862.]

"EL OMNIBUS"

LAS AURORAS⁴⁷

Con este título acaba de publicarse en Madrid un libro escrito por un joven canario, don Rafael Martín Neda, ventajosamente conocido en esta provincia por varias producciones literarias.

Esa obra ha sido examinada y criticada en el periódico madrileño "La Nación", por otro joven paisano nuestro, y apreciablesísimo colaborador de "El Omnibus", don Benito Pérez Galdós; circunstancias ambas que nos obligan a insertar íntegro el juicio crítico publicado en "La Nación". De esta manera nuestros lectores podrán tomar una idea de las producciones de un canario juzgadas por otro canario, jóvenes de brillante porvenir por sus relevantes dotes y de grandes esperanzas para su país.

He aquí cómo se expresa el señor Pérez Galdós:

"Es muy fácil hilvanar unas cuantas palabras y formar un verso más o menos armonioso; es fácil también coordinar malamente una serie de renglones para dar cuerpo a una quintilla o a una octava, con su correspondiente cadencia y sus rimas retumbantes; no es muy difícil hacinar estrofas para engendrar una composición y darle carta de naturaleza en la categoría de leyendas, elegías o epopeyas, corriendo parejas la falta de pensamiento con el desaliño de la expresión; y con un poco de constancia no es empresa arriesgada el hacer un libro, darlo a la estampa y echarlo a volar por esos mundos.

"Pero ¿este libro encontrará un lector? ¿Encontrará ese ser colectivo en que se ha personificado la crítica? ¿Será juzgado por esa entidad oculta a quien se dirigen súplicas desde la portada de un libro, por ese implacable juez cuya indulgencia se pida, cuyo fallo se teme, cuya mano está pronta siempre a conferir el bautismo de las reputaciones? Sin duda el libro, tomo mejor dicho, tan repentinamente urdido, pasará más que de prisa por las manos del lector propiamente dicho, buscando refugio entre los lectores de pacotilla, de esos que forman la atmósfera que envuelve las malas obras; de esos lectores que hacen copioso abasto de la poesía hinchada y de relumbrón, y regalan su estómago con la indigesta novela que fabrican ciertos escritores de jornal; de esos lectorzuelos de escaso cacumen y superficial sentido, para quienes el gran Lope escribió, sin duda, aquello de "el vulgo es necio..."

"Así como no hay artista que no tenga su público, no hay escritor que no tenga también el suyo. Hay aplausos de todos los calibres para artistas de todas calidades. Si el cantante eminente recibe ovaciones cultas en la ópera, descendiendo la escala se encuentra que el caricato de zarzuela tiene también sus modestos triunfos; el cantante arrinconado, inválido de los teatros, es

⁴⁷ *Poesías*, de Rafael M. Fernández Neda (Madrid, Librería de San Martín, 1865) con prólogo de Carlos Caro.

aplaudido a su vez por el auditorio de los cafés; el artista ambulante es aplaudido desde los balcones; el ciego haraposo, que saca de su violín discordantes bostezos, tiene su público tabernario, y hasta el saboyanito, que carga su arpa desvencijada, tiene allá en los rincones sociales su inmundo público. Lo mismo pasa en los libros: la obra inmortal es leída y estudiada por la aristocracia de la lectura; el buen libro corre de mano en mano entre las gentes de gusto; la novela abigarrada de algunos franceses, la novela soporífera de ciertos españoles, el libelo procaz, el romance de ciego, el sainetón insoportable y el periódico vergonzante son también leídos quizá más que los buenos libros, porque la clase de lectores que más abunda es aquella a quien el insigne Lope aludía cuando dijo: "El vulgo es necio".

"El manojo de versos que componen una estrofa, el fárrago de estrofas que forman una composición, y la sarta de composiciones que constituyen un tomo, tienen también su caterva de lectores. El gran mal de la literatura moderna consiste en que el libro detestable es tan leído como el bueno. Todos son igualmente favorecidos, todos son llamados al gran palenque, a un inmenso certamen, en que fluctúan por largos años reputaciones de todos tamaños que aspiran a la inmortalidad; pero al fin pocos son los elegidos, pocos son los que la posteridad escoge entre la multitud destinada a una eternidad de olvido.

"El carácter distintivo de esa poesía, que durante muchos años ha sido explotada por la juventud española, es la belleza exterior, el fondo sacrificado a la forma; un poco de armonía decide de la fortuna de una composición, aunque la esterilidad del pensamiento sea tal que en vano la inteligencia del lector busca en ella una idea que comprender, el corazón un sentimiento con qué asimilarse. Una rima oportuna, un eco colocado sinfónicamente oculta casi siempre lo vacío y lo insustancial; el oído se siente halagado por la magia de la armonía, pero la impresión pasa tan pronto como esas impresiones sin sentido que produce la música natural, el simple ruido a que el arte no ha dado formas para expresar una idea.

"Cuando se lee semejante literatura, se nota la falta de un fondo que ilustre la forma, de una savia que dé vida al pomposo ramaje, de una esencia que justifique el accidente. Los poetas alemanes han tomado mejor camino que los nuestros: ellos persiguen siempre el pensamiento, se apoderan de él, lo simbolizan en los objetos más bellos, y explotan las virtudes y los vicios personificándolos en una flor, en un pájaro o en una nube; caminando directamente con un fin moral, que ocultan cuidadosamente a la curiosidad del lector, ponen en juego sus elementos poéticos, trazan un plan sencillo, desarrollan una acción inocente y al cabo llegan describiendo vagas ondulaciones al fin que se proponen; aquí la musa tímida se detiene, enuncia apenas la idea y se evapora dejando suspensa la mente del lector, que se encuentra perplejo, se lanza tras ella, quiere asirla, medita la idea presentada a medias, la comprende al fin tras el velo en que el genio la oculta, adora ese misterioso pudor en que la envuelve la poesía y experimenta la indecible satisfacción que pro-

duce el contemplar la belleza ignorada, adivinar encantos encubiertos. El mayor placer de la inteligencia es investigar y comprender; el único goce del corazón, sorprender un dolor escondido, descubrir, burlando el disimulo, un sentimiento hermano.

"Esta clase de poesía es rara en nuestro país. Si Selgas, Campoamor, y algunos otros, han dado muestras excelentes de lo que puede hacer la imaginación española explotando un género, que es indudablemente el que refleja el espíritu de la época y el que sobrevivirá a la gran desorganización por que pasa la poesía lírica, la juventud le imita poco: idólatra de lo superficial, corre deslumbrada tras el color, lo combina, produce brillantes figuras que deleitan la vista, halagan los sentidos, pero despiertan rara vez el sentimiento y no inducen a la meditación.

"Sin embargo, no falta quien, rompiendo lazos tradicionales, animado de cierto espíritu innovador, luchando entre la duda y la fe, compañeras inseparables del poeta, ha emprendido trabajos silenciosos, que hubieran permanecido en la oscuridad si los esfuerzos de algunos amigos no hubieran sacado a luz inspiraciones concebidas en la oscuridad, pero inundadas con el resplandeciente brillo de la aurora⁴⁸.

"A la vista tengo un libro titulado *Auroras*, colección de poesías de don Rafael M. Fernández Neda. En él hay composiciones de todas clases, trozos de gran elevación, baladas que respiran ternura y melancolía, cuadros de filosofía social, sonetos, elegías y fábulas. Se encuentra el sentimiento junto a la sátira, la gravedad lírica del amor platónico junto a la triste hilaridad del amor desengañado; el lenguaje sincero del vehemente junto a la versátil conversación del caprichoso; descripciones en que se adula a la diosa naturaleza, como hace Zorrilla, al lado de otras en que se la insulta, a la manera de Heine.

"Se conoce que el autor de este libro, al crear en la oscuridad sus bellas poesías, se encuentra agitado por una duda continua, está en esa primera edad del poeta, la que refleja la timidez en todas sus obras; al sentirse inspirado vacila entre los diversos géneros que el ancho campo de la literatura le presenta; no sabe si atender a la voz sincera de su corazón, donde aún no ha entrado el hastío, o a la voz de la sociedad que en torno suyo rinde culto a la farsa; en un momento de intuición traslada en sus versos toda su fe, pero reflexiona, se asombra de su obra porque la cree falsa, vuelve a dudar, escribe de nuevo mojando la pluma en la hiel de la incredulidad, y entonces la cree terrible; fluctúa sin cesar entre la ilusión consoladora que halla en sí mismo y la realidad descarnada con que habla a su oído la ironía social; tan pronto siente como ríe; después de contemplar una belleza con el entusiasmo de la juventud, pasa a analizarla con la frialdad de la experiencia; admira y cen-

⁴⁸ Así como aquí habla de la poesía española, en 1870, con motivo de los *Proverbios ejemplares y proverbios cómicos*, de don Ventura Ruiz Aguilera, Galdós publica *Observaciones sobre la novela contemporánea en España* en la "Revista de España", XV (1870), págs. 162-72, un importantísimo manifiesto de lo que ha de ser su novelística.

sura a la vez; arroja un velo sobre su beldad, y más allá arranca el antifaz a otra; vacila entre ser entusiasta revelador de sus sentimientos, o triste y hastiado apóstol del escepticismo.

"Sin embargo, a pesar de esta variedad de géneros, de hallarse reunidos elementos heterogéneos, se advierte en dicho libro una profunda unidad. La intención descuella en él, disimulada algunas veces y franca otras; cierto espíritu de investigación y crítica se enlaza sutilmente con las más bellas imágenes y los más delicados conceptos. En la mayor parte de las composiciones se encuentra siempre tras la flor que perfuma una recóndita espina que hiere, inculcando en el corazón la amarga savia de una verdad o de un desengaño, mientras los labios liban incautamente la dulzura de la corola.

"La balada que lleva por título *Un rayo de gloria* contiene en una bella forma un intencionado pensamiento. Un niño pregunta con infantil candor noticias de Homero, y despertándose en él un vivo deseo de ceñir la corona del genio exclama: "¿Qué es gloria?"

"Pero no puedo dar idea de lo que esto vale; necesito copiarlo, y lo haré, aunque prolongue demasiado la dimensión de este artículo:

—Decidme, padre, ¿qué es gloria?

—Contempla el naciente sol
que corona esa montaña
y cielos y tierra baña
con sus tintas de arreból;
cómo la niebla sombría
se pierde en vapor espeso,
al pasar su tibio beso
sobre la frente del día;
mira cuán alegre el mundo
a su influjo se levanta
y un himno de gracia canta
en su entusiasmo profundo:
Pues la gloria celestial
es un rayo soberano
con que ciñe el sol ufano
la cabeza de un mortal.

—Padre, yo quiero subir
a esa montaña.

—¡Es tan alta!

—Un rayo de sol me falta
para mi frente ceñir.

—Niño, tu pueril empeño
como insensato abandona.

—Yo he soñado una corona.

—¡Locos deseos del sueño!

—En mi ambición no desmayo.
 —Pero ¿qué pretendes, hijo?
 —Llévame: el sol está fijo
 y quiero arrancarle un rayo.

"El niño se lanza por la pendiente; pero sus fuerzas le abandonan en tan difícil empresa. El sol se aleja a medida que él avanza jadeante; abatido, quiere volver a la tierra y exclama:

¡Oh! después de esfuerzos tantos
 veo con dolor profundo
 que al descender, ese mundo
 no tendrá para mí encantos.
 —¡Triste del hombre que sueña
 de la gloria los reflejos!
 —De aquí veo el sol más lejos
 y la tierra más pequeña.
 Siento un pesar tan extraño
 y tan profundo vacío...
 —¿Qué es esto, padre?
 —Hijo mío,
 ¡es tu primer desengaño!

"Estas ambiciones desvanecidas por la experiencia, este ícaro infantil que se precipita desde la altura que pretendió escalar, constituyen una imagen bellísima, que unida a la fluidez del verso hace de esta composición una de las mejores del libro.

"Sólo puede ponerse a su lado *El llanto de la inocencia*. En ella desempeña también la niñez el principal papel. La poesía de sentimiento se refugia en brazos de los niños; como ellos, habla con los ángeles, juega con las aves y corre tras las flores; sus elementos se hallan en ese misterioso consorcio que confunde a la inocencia con ángeles, aves y flores. Sus contrastes no son nunca duros: cuando establece alguno, introduce con su sencilla acción una triste peripecia, establece un nudo en que la niñez choca suavemente con un dolor candoroso. A esta clase de tímida poesía que se manifiesta traviesa y juguetona unas veces, triste y desconsolada otras, siempre revestida de la encantadora impertinencia de los primeros años, revelando siempre su inmaculada originalidad, pertenece la composición que he citado.

"En el hogar doméstico se desarrolla la acción de un tierno drama. Nace un niño y todo es alegría en la casa. Su hermanita, al saber que un ángel ha bajado a la tierra, exclama:

—¿Un ángel? Yo quiero verlo.
 ¿En dónde tiene las alas?
 —Para que no deje el mundo
 fue necesario cortarlas.

—¿Lo mismo que a mi paloma?

—Sí; lo mismo, hija del alma.

"Pero la escena cambia, el llanto ha sustituido a la alegría, el ángel ha volado al cielo a pesar de las alas cortadas. La niña desgarra con sus preguntas el corazón de la madre:

—Madre, madre, ¿por qué suenan
tan alegres las campanas
y entrecortados sollozos
ahogan vuestra garganta?

—Porque un ángel sube al cielo.

—Pues el cielo ¿no es su patria?

Allí encontrará la dicha.

—Pero la mía me falta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Pobre niña!

¿Y si tu paloma blanca
se fuera al cielo?

—Imposible:

no le han crecido las alas.

Al ángel sí.

—Mas no llores:

verás cómo Dios nos manda
otro mejor.

—Pero, madre,

si mi paloma volara,
también me pusiera triste.
Voy a verla.

—¡Hija del alma!

"La niña corre en busca de su paloma y la encuentra fría e inmóvil; en vano la besa y le da calor en su seno. La paloma, a pesar de sus alas cortadas, vuela hacia el cielo en compañía del ángel.

"Este cuadro está trazado con singular delicadeza; sus suaves contornos, en el pincel del autor ha depositado los más frescos colores, tienen toda la vaguedad de la poesía alemana, arte pudoroso cuyas formas castas se dibujan apenas sobre un cielo de serena melancolía.

"No es inferior la balada *Pan para el niño*. Una madre, expuesta al rigor del frío, pide en las calles pan para un niño desfallecido que lleva en los brazos. Llega un momento en que la voz expira en su garganta; advierte en el inocente los síntomas de la muerte, y calla. El poeta ha completado el cuadro con la siguiente quintilla:

Y al levantar el semblante
 en su maternal anhelo,
 divisó una nube errante
 en la que un ángel triunfante
 iba elevándose al cielo.

"Este final resplandeciente contrasta con la plegaria de la madre, que es tenebrosa y sombría; es un toque luminoso dado en un lienzo oscuro, a semejanza de esos cuadros en que Murillo ha pintado una celda lóbrega, cuidando de introducir por el techo un rayo de luz celestial en que flotan ángeles confusos.

"Qué bella es también la balada *El suspiro*, que principia:

El cielo luce sombrío;
 melancólicas congojas
 murmura en el aire frío
 el viejo laurel del río
 al perder sus secas hojas.
 Entrambas manos cruzadas
 inclinada...

"No puedo seguir, porque tendría que copiarla toda, seguro de no encontrar una de esas palabras extrañas que se encuentran en todas las composiciones, por buenas que sean, uno de esos versos duros, en los cuales choca y la imaginación del lector sufre un momentáneo desencanto, necesitando saltar sobre ellos para admirarse de nuevo.

"Resistiré por tanto a la tentación de trasladar el final de *El suspiro*. Si tuviese con esta composición semejante preferencia, tendría que hacer lo mismo con otras tan buenas como ella. Por ejemplo: *Los lirios de la montaña*, elegía tan tierna como es desgarradora la anterior; *El hijo del guardabosque*, que me recuerda el caballo de Mazzepa; *La verdad y la inocencia*, diálogo que encierra una marcada intención, y *Recuerdos de la patria*, donde el autor manifiesta su doble amor filial echando de menos una madre y una patria.

"Pero lo que sí haré, aunque esto se haga demasiado largo, es citar algo de otro género que descuella en el libro del señor Neda, rivalizando con el género de sentimiento.

"Habla el lenguaje de los descreídos, que niegan la belleza moral y menosprecian la física. En la poesía *A la Luna* apostrofa crudamente a la que por largos años ha vivido en olor de santidad, presidiendo con su trasnochada castidad las expansiones platónicas de los amantes, a esa deidad nocturna, elemento *sine qua non* de todas las parrafadas eróticas; fanal que desliza siempre su indispensable rayo, su amarilla luz en los grupos tradicionales de Romeo y Julieta, de Abelardo y Eloísa, de Hero y Leandro. Los poetas no saben urdir una escena nocturna sin la pálida y nacarada intervención de esta señora; los pintores no conciben unas ruinas sin colgar en el lienzo el

necesario harapo de luna; no hay maquinista de escena que no la cuelgue de las bambalinas para iluminar la pintarreada fisonomía de una actriz. Ella es *factotum* indispensable; sin ella no se concibe un cementerio, ni una serenata, ni el lago de Como, ni el golfo de Nápoles, ni el Rialto de Venecia. Pasa del azul limpio del cielo al azul de brocha gorda de los teatros; todos la miran, todos la cantan, la copian y la adoran como un emblema de virginidad y de pureza.

"El autor de *Las Auroras* la trata así:

¿Por qué sigues la carrera
del mundo en eterna lidia
como la pálida envidia
encarnizada y rastrera?
¿Hay algún crimen, responde,
que tortura tu existencia,
que estás como la conciencia,
ya se muestra ya se esconde?
Tienes, de casta, opinión;
mas harto vieron los griegos
tus batidas y tus juegos
con el amante Endimión.
Celébrante ruborosa
y tímida y nacarada,
y eres lo más descarada
que puede ser una diosa.

.....
¿Eres tú guardia civil
que sorprendes sin ruido
al rondador suspendido
en una escala sutil?
¿Qué malos genios te abortan,
menguada, para venir
a husmear y descubrir
secretos que no te importan?

.....
¿Dónde tienes esa miel
con que untas el labio, avara,
al asomar esa cara
redonda como un pastel,
en la misteriosa alcoba
que ha dispuesto el Himeneo,
donde el amante deseo
el sueño a los ojos roba?

.....

¿Y escondes, vieja taimada,
ese rostro maldiciente,
dejando fuera la frente
por dos cuernos coronada?
Si inconstante la fortuna
a levantarme se atreve,
nunca en sus alas me lleve
a los cuernos de la luna.
Pues temo la contingencia
de un encuentro inesperado,
que me deje, mal mi grado,
a la luna de Valencia.

"Parece que se lee a Heine, el poeta del hastío, que juró guerra a muerte al santonismo de la belleza y a las formas poéticas consagradas por la tradición.

"En el *Concierto de los besos* se encuentra una ingeniosa clasificación de esos, ya traidores, ya inocentes, desahogos de toda clase de cariños y pasioncillas.

"Dice así:

Falsos como mercaderes,
sutiles como tramposos,
se deslizan cautelosos
los besos de las mujeres.
Y traban riñas arteras
allá por las soledades,
cantándose las verdades
lo mismo que rabaneras.
Y en las nieblas de las dudas
se agitan alborozados
los descendientes menguados
del fatal beso de Judas.

.....
Allí se arrastran cansados,
cantando un "andante lento",
los besos de cumplimento
que se prestan los casados.
En confusa algarabía,
allí resuenan las quejas
de los besos de las viejas
al son de una letanía,
murmurando desengaños
a mandíbulas batientes,
que no pueden entre dientes
por castigo de los años.

Entre el espeso capuz
de una mal plegada toca,
huye un beso de una boca
que se apoya en una cruz.

... ..
¿Deseas que algo te diga
sobre lo que es el beso?:
un juguete para el niño,
para la madre un tesoro,
para los deseos oro,
e ilusión para el cariño;
es, de los tristes, consuelo,
de muchos moneda falsa,
de los matrimonios salsa,
de la seducción anzuelo;
para el hombre desgraciado
la cuerda de un arpa rota,
para los viejos la nota
de un violín desafinado;
un mal libro para el sabio,
para el artista la luz,
y para el labio una cruz
dibujada en otro labio;
para el filósofo un ruido,
para el negociante un cero,
para el reposo un ratero,
para mi lo que te pido.

Y, en fin, cual dice un autor
ducho en la materia, el beso
no es otra cosa que el queso
de los ratones de amor.

"Que en *El amor* no es inferior a la precedente en vis cómica y espontaneidad. *La Verdad en el espejo* es una especie de juego de linterna mágica, en que van pasando innumerables cuadros sociales, trazados con picaresca intención. *Una historia de amor* es digna por la viveza del diálogo, por los contrastes oportunos que presenta, y el chiste culto que en ella descuellos de las excelentes escenas cómicas de Bretón de los Herreros.

"No quiero seguir enumerando otras composiciones que se distinguen por la intachable corrección de la forma y la fluidez de la versificación, tales como *El pabellón francés*, *A Carmen*, *La pereza*, *La Caridad*, *Horas benditas*, *A Italia*, *El juramento* y *A una coqueta*.

"Sólo me permitiré, por vía de conclusión, citar la sencilla balada *La Serenata*, magistralmente traducida del alemán:

—¿Qué halagüeña melodía
viene mi sueño a turbar?
¡Alta es la noche y sombría!
¿Quién puede así, madre mía,
venir tan tarde a llamar?
—Nuestra calle está desierta
y sólo turba tu calma
la fiebre que te despierta:
que nadie canta a tu puerta,
pobre enfermo de mi alma.
—No es un canto de este suelo,
los ángeles son... en pos
tenderé de ellos mi vuelo...
Me llaman para ir al cielo.
¡Adiós, madre mía, adiós!

"No concluiré sin atraer la atención de los lectores de *La Aurora* hacia el prólogo del señor Caro. Es un admirable trozo de prosa castiza, donde se ve el corazón del amigo expansivo que ama, y la inteligencia del crítico que aconseja y aprueba. La elegante prosa y la inspirada poesía se completan, se enlazan en un amistoso abrazo.

Libros de esta clase no necesitan recomendarse; paulatinamente se apoderan de la opinión, esclavizan al público, encontrando en todos los círculos lectores de todas condiciones. No hablo de los lectores de pacotilla, de esos que hacen copioso abasto de la poesía de relumbrón, y regalan su estómago con esas indigestas novelas condimentadas por escritores de jornal y repartidas en raciones de a ocho páginas por empresas literario-comerciales. Refiriéndome a esta clase de lectores de escaso cacumen y superficial criterio, dijo el inmortal Lope de Vega:

El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto ⁴⁹.

B. PÉREZ GALDÓS."

[19 y 23 agosto 1865.]

⁴⁹ Nótese el mismo ataque contra "el vulgo", los lectores de pacotilla, en las primeras palabras del artículo *Observaciones...*: "Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera, determinada sólo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distracción fugaz o un pasajero deleite".